Colección de Escritores Americanos
dirigida por Ventura García Calderón

— VI —

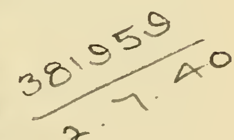
POESIAS COMPLETAS

DE

JORGE ISAACS

con un estudio preliminar de Baldomero Sanín Cano





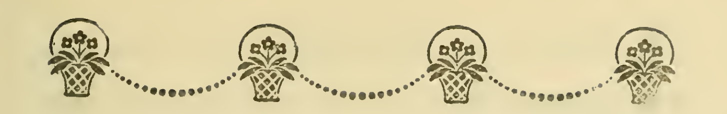
CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907,
Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, 166.—BARCELONA

de Isaacs publicados en diarios y revistas colombianos. Para completar este homenaje solo faltaba—y lo hemos obtenido—un estudio magistral del gran crítico colombiano Don Baldomero Sanín Cano que nos revela a Isaacs «según sus obras», analizando la existencia ejemplarmente romántica de ese extraño poeta que encabezó revoluciones y fué autor del más suave idilio americano.





JORGE ISAACS

EL POETA SEGUN SUS OBRAS

Jorge Isaacs, el autor de estos versos, nació en la provincia del Chocó, República de Nueva Granada (hoy Colombia), el año de 1837. Su padre, que llevaba también el nombre de Jorge, procedía de una familia israelita, establecida, según parece en Jamaica. O el padre del poeta o su abuelo, o tal vez uno y otro, abandonaron a Jamaica para venir a establecerse en el Chocó, atraídos por las minas de oro del Atrato, sobre cuya ri-

queza corrieron por el mundo en el segundo cuarto del siglo XIX las más tentadoras exageraciones. En el Chocó se casó el futuro padre de Jorge Isaacs con doña Manuela Ferrer, señora de origen español, catalán acaso, cuyo apellido suena con frecuencia entre los moradores actuales de aquella región. Es de suponer que los oros del Chocó resultaron por entonces menos abundantes o menos fáciles de recoger de lo que las leyendas circulantes hacían imaginar, porque la familia Isaacs resolvió dejar aquellas comarcas y trasladarse al valle del Cauca, donde la agricultura, la ganadería y el comercio señalaban corrientes de prosperidad más directas y perspectivas menos aleatorias. Datos biográficos relativos a Jorge Isaacs le hacen nacer en Calí; pero he tenido la ocasión de consultar en Londres a personas de su familia, cuyos recuerdos están conformes en el hecho de que cuando vino al Valle la familia de Isaacs, el poeta, en mantillas, formaba parte de la caravana. Los primeros

años de Jorge pasaron en el campo. El sentimiento de la naturaleza, de que dan testimonio sus obras, aunque refleja de modo inequívoco el influjo de Rousseau (a quien no mienta) y de Chateaubriand, cuyos libros y personajes de invención hacen parte de la vida espiritual del poeta; el sentimiento de la naturaleza, iba diciendo, no tendría en Isaacs la frescura de que dan muestra sus obras, ni habría sido vertido por él con tanta delicadeza y eficacia si, en los primeros años de su vida, no hubiera tenido con la tierra madre, con las aguas y con el cielo abierto aquella comunidad íntima en que el poeta acaba de infundirles, sin retórica, una parte de su alma a los objetos naturales que le rodean. Las páginas de la «María» en que describe su partida a la capital en busca de más letras y de más vasta experiencia de la vida son de tal naturalidad y poder descriptivo que no es posible aceptar la suposición de que estuviera urdiendo meros pormenores imaginativos. La novela, que

es de un realismo candoroso y tiene todos los estigmas de las confidencias autobiográficas, pasa en una casa de campo, cuyo plano podría levantar metódicamente un investigador minucioso siguiendo los datos esparcidos en aquellas páginas. Estudió Isaacs en Bogotá durante cinco años. En sus versos señala más de una vez y con palabra precisa la duración de este período que tuvo sobre el curso de su vida manifiesta influencia.

Del Funza en la ribera
moré cinco años,

dice, figuradamente, (*) en las seguidillas de tristeza apacible en que refiere la pasión y muerte de un turpial enjaulado, compañero de su niñez y confidente armonioso de sus primeras experiencias sentimentales.

(*). El Funza pasa a respetable distancia de Bogotá. El camino más corto, mide 12 kilómetros.

Tras un lustro de ausencia
volví: ya viejo
y perezoso estaba
el pobre perro,

son palabras de las que dedica a otro confidente de sus penas y alegrías, que, con el nombre de Mayo, aparece en sus versos y llena un honroso papel de personaje secundario en el idilio desgarrador de la «María».

En la novela, sin embargo, es menos preciso: en ella parece que su primera estada en Bogotá hubiera sido de seis años, al cabo de los cuales volvió a la casa de campo con la determinación de ayudar a su padre en los trabajos de la hacienda.

La fecha de su viaje a la capital dividió para él la vida en dos épocas históricas: el fin de la niñez apacible y el principio de una adolescencia triste, llena de vagas aspiraciones y de un sentimentalismo caudaloso y mórbido, de que hay testimonio candoroso en la «Visión del Castillo»: anhelaba «dejar un sol por faro» en los escollos donde había corrido parte de su

juventud, y quería que su «voluntad fuera asombro de genios» en la lucha que estaba dispuesto a emprender.

El año de separación fué el turbulento 48. El niño tenía once años cuando la capital de la República le acogió indiferente en las aulas estudiantiles. La cifra del año aparece en la desolación incomparable de las seguidillas que le inspiró la muerte del perro:

Cuando en mil ochocientos
cuarenta y ocho,
de la casa paterna
salí lloroso
en mis mejillas
llevando de mi madre
lágrimas tibias,
se abrazó de mis botas
el pobre Mayo...

El número de año, puesto al pie de algunas de las poesías contenidas en la única edición de ellas que hoy existe, indica que en 1860 viajó por Antioquia. Era entonces hombre casado y la imagen de la esposa ausente está ligada a las evocaciones románticas del paisaje montañoso por donde

paseaba la inquietud de sus anhelos tan larga como su vida.

En Junio de 1864 estaba de nuevo en Bogotá. El volumen de sus primeras poesías, aparecido en ese año, trae una corta noticia preliminar firmada por catorce admiradores cuyos nombres hacen parte de la historia literaria de Colombia en aquellos días. Allí figuran José María Samper, el tribuno, el polemista, historiador apasionado de los sucesos políticos en que figuró como actor eminente; el dramaturgo de sus propias aventuras sentimentales, una de las vidas más llenas de altibajos y de sinceras transformaciones; José Manuel Marroquín, autor de un apólogo inmortal, una perla en su género, incrustada más tarde en el oro bajo de sus poesías completas, opacas y triviales; Diego Fallon, cantor insuperable de la naturaleza, poeta lakista, más pulcro y delicado que fecundo, extraviado en la melancolía gris y persistente de las altiplanicies andinas, incomparablemente bellas cuando las baña

desde un cielo inmaculado el fulgor plenilunar, a que están ligadas ya para siempre las mejores estrofas del excéntrico Don Diego; Ricardo Becerra, orador de frase ornamental y numerosa, historiador y diplomático; Camacho Roldán, hombre de vasto saber, de bondad inagotable, prosador de altas dotes, crítico literario en sus horas de esparcimiento y autor de trabajos económicos y estadísticos muy atendibles. Con tan valiosas recomendaciones el tomo de versos debió haber atraído intensamente la curiosidad pública. No hay sin embargo, pruebas de que el aura popular hubiera recibido fervorosamente las primicias literarias de Isaacs. Desde 1864 hasta ahora no se ha hecho una nueva edición de sus poesías.

La historia de este primer amago de publicidad es referida con entusiasmo comunicativo por un contemporáneo a quien he tenido la buena fortuna de consultar. En 1864 duraba todavía en Bogotá la tertulia de «El Mosaico», cuyo buen nombre ha

salido de Colombia y se ha extendido por el mundo. En ese cenáculo donde se aceptaban todas las opiniones y tenían asiento los más opuestos gustos, la figura predominante era la de José María Vergara y Vergara, el historiador de la literatura Colonial en Nueva Granada y autor de críticas literarias y cuadros de costumbres no exentos de verdad y de raras prendas de estilo. Es fama que en un día lluvioso se acogieron en un mismo zaguán a esperar que escampase Vergara y Vergara, y Jorge Isaacs. Importa saber que los chaparrones de la capital colombiana son famosos por su violencia y por su duración.

Sobrevienen de ordinario en las primeras horas de la tarde como epílogo de días luminosos y calientes en que el azul inverosímil del cielo ha ostentado toda la riqueza de sus tintes antes de que vengan a velarlo nubes amenazantes, blancas primero, como enormes alas de cisne, con franjas de un brillo metálico y ominoso, tenebrosas en seguida como un presentimiento.

El cielo abre sus cataratas y la vida se suspende en las calles mientras dura el chubasco. En el reglamento interior del Senado había un artículo muy significativo, según el cual, los padres conscriptos estaban exentos de asistir a las sesiones los días de lluvias. La suspensión es tan completa que las citas quedan truncas, los profesores relevados de presentarse a dictar la conferencia y el funcionamiento público autorizado para devengar sueldo sin salir de su casa. Para librarse de estos diluvios puede el transeunte allanar la propiedad privada, y, como se prolongan por horas enteras, sucede que el vestíbulo de un inmueble queda a veces ocupado por los extraños mientras dura el rigor de la tormenta. Haciendo alto en los zaguanes cuando llueve, suelen las gentes ensanchar el círculo de sus relaciones. De esa comunidad forzada y transitoria resultan en ocasiones duraderas amistades. Allí empiezan relaciones muchas veces los futuros esposos. Quién descubre allí un negocio, quién

lo desbarata, quién se entera de su ruina inminente, quién prepara la reconstrucción de una fortuna en esas forzadas estaciones. Isaacs conocía el nombre de Vergara y Vergara ya, famoso en la capital y en la República toda; pero nunca había tenido delante de sí al admirado personaje. Vergara y Vergara no conocía a Isaacs, que era a la sazón un oscuro dependiente de almacén. Los minutos pasaban; eran los dos poetas, por el momento, los solos ocupantes del inmueble, y la inclemencia del tiempo suele hacer parleros a los hombres como a las aves del cielo, dicho sea sin el más leve intento de extender la comparación más allá de las apariencias. Dos latinos, aficionados a las letras, puestos frente a frente en la angosta soledad de un zaguán e incomunicados del resto del mundo por la furia de los elementos, no tardarían mucho en dirigirse la palabra. Es posible que Vergara y Vergara, santafereño comunicativo, hombre benévolo, si los hubo,

y el mayor de los dos ocupantes, fuera el primero en romper el silencio, o digámoslo, con palabras más precisas, en interrumpir el monótono ruido de las aguas que daban contra el pavimento. Dos profesionales que se hablan por primera vez sin conocerse ponen el mayor cuidado en no hablar de sus negocios; y si al fin llegan a tocar ese punto, mirando al contrario como su rival, escudan todos los pormenores y se limitan a generalidades insignificantes... menos en el caso en que los profesionales sean literatos. Dos poetas al encontrarse por primera vez no pueden rehuir la tentación de hacerse mutuas confidencias sobre sus proyectos, sus inclinaciones, sus misteriosos anhelos. Vergara y Vergara se hizo conocer con sólo decir su nombre, que pertenecía ya a la fama y a la curiosidad de los aficionados. Isaacs no tenía un nombre, pero acaso estaba pensando en procurárselo. Venía del Cauca, un Estado, en aquellos días, de la federación colombiana, con el cual tenía Verga-

ra y Vergara lazos de familia. Es posible que, hablando del terruño, de la naturaleza tropical tan íntimamente ligada con su vida sentimental, Isaacs hubiera dicho que hacía versos, y que en el calor de la confidencia hubiera llegado a revelar que tenía los suficientes para formar un pequeño volumen. Vergara y Vergara tenía entonces 33 años. No era suficientemente viejo para no creer en los talentos nuevos, ni demasiado joven para temer la competencia. Se hizo prometer de Isaacs el envío del manuscrito y al acabarse el recio temporal estos dos hombres se separaron como buenos amigos.

Pocos días después Vergara y Vergara leía en la tertulia de «El Mosaico» ante un auditorio escéptico, gruñón tal vez, o a lo menos renuente, las poesías manuscritas del joven Isaacs. El autor de ellas no era demasiado joven. Había salido hacía tiempos de la adolescencia y por lo que se ve en las fechas que trae la edición de 1864 ninguna de las composiciones era verda-

deramente obra juvenil. Las más tempranas procedían apenas de 1860, año en que el autor había llegado a los 23 ó 24. La tertulia de «El Mosaico» se declaró cautivada por aquella lectura, y el entusiasmo fué tan vivo y tan sincero que los tertulios decidieron hacer la edición a sus expensas. De esta manera se enriqueció la literatura hispano-americana con un volumen de versos que dan testimonio muy atendible, por lo que hace a la capital colombiana y al decenio que empieza en 1860, sobre ciertos aspectos de la sensibilidad predominante entre los literatos y sobre el gusto que primaba en punto a formas poéticas.

El público, sin embargo, no pareció aceptar sin restricciones la opinión de los entusiastas jueces literarios. Presumió que estaba en posesión de mejores elementos de juicio que los admiradores del poeta y se desentendió de sus cantares, de aquellos a lo menos que contenía la edición única de 1864. No son infrecuentes rectificaciones

como ésta. El gusto popular es vario, inconstante, voluble, basado en tan frágiles cimientos como la crítica de los doctos. A más de esto, el tomo de versos de Isaacs tuvo la mala suerte de preceder sólo en dos años a la publicación de la «María», cuyos méritos, sobre ser innegables y permanentes, coincidieron por dicha con los gustos de la época y con los requerimientos del ambiente literario. De ahí en adelante Don Jorge no fué para sus contemporáneos el vate de las «Poesías de Jorge Isaacs» sino el autor de la «María» y el héroe fácilmente reconocible de un idilio trágico presentado en un medio tropical, característicamente americano, que conocían muchos de sus lectores y que casi todos se creían capaces de apreciar en sus poéticos detalles. El héroe romántico oscureció casi por completo al rimador y al estilista.

Rodeado por la fugaz aurora del triunfo sentimental y literario que le abrió, como suele en esos países, las puertas de las an-

tecámaras políticas, empezó Isaacs su carrera de funcionario. Se había casado muy joven con Doña Felisa González, cuyo nombre asoma de cuando en cuando en sus poemas amatorios, y alrededor de cuya historia trivial de esposa incomparable y madre cristianísima, ha tratado el público de reconstruir a pedazos la historia de «*María*». Importa observar, con todo, que hay una leyenda muy popularizada según la cual no era Doña Felisa el modelo de que había hecho Isaacs uso para trazar las facciones espirituales de *María*. Otra señora, en cuya casa conocí a Isaacs el año de 1893 ó 94, mientras convalecía el poeta de una enfermedad que le había puesto al borde del sepulcro, mereció también la distinción de ser tenida por algunos como centro verdadero de la famosa creación sud americana. Concurrían en ella muy felices circunstancias para llevar con garbo sobre las sienes el nimbo de la heroína. Era mujer discreta, de copiosas lecturas, capaz de prodigar su ingenio en más

de cuatro idiomas, y además de todo esto una excelente dueña de casa ,que así tomaba parte en el dolor ajeno como sabía regocijarse discretamente con las alegrías de los extraños. Isaacs, a quien le hicieron la pregunta repetidas veces gentes de poco tacto, negaba con ademanes de impaciencia esta invención de la holganza espiritual predominante en las ciudades montañosas.

En 1871 fué a servir el puesto de Cónsul de Colombia en la capital de Chile. Al regresar a su patria tomó parte activa en las luchas políticas y es fama que decidió en 1876 una formidable batalla (*) en favor de sus propias armas, asumiendo el mando de un batallón de reserva, cuyo jefe cayó muerto al momento de llegar a la línea de fuego. Más de una vez ocupó en el Congreso de su país puesto ventajoso, y perteneció a los diputados que resistieron la pedrea del populacho al salir de las Cámaras en 1878.

(*) Los Chancos, 31 de agosto, 1876.

En Enero de 1880 despertó Medellín (*) una alborada, a los ruidos de la fusilería que dió en tierra, por unas semanas, con un gobierno provincial soberano. En el ámbito de la provincia corrió la noticia inverosímil de que el autor de la «María» era el jefe afortunado del pronunciamiento. Sus admiradores, amigos y enemigos, de la hora angustiosa, se preguntaban cómo era posible que un personaje de idilio, en cuyo obsequio habían vertido lágrimas dulcísimas dos generaciones, anduviera a escopetazos, recorriendo los Andes en persecución de un Gobernador desposeído. El triunfo de Isaacs fué corto y sin resultados. Al cabo de pocas semanas y sin haber combatido por segunda vez reconoció en frente de las tropas federales la inutilidad de continuar la lucha. Disolvió su ejército, con todos los honores de la ocasión equívoca, y regresó a la prosa de sus diarias preocupaciones. Las cuales no

(*) Capital del entonces Estado Soberano de Antioquía, segunda ciudad de Colombia.

fueron nunca ni sórdidas ni mezquinas. Al desesperar de la política y de las revoluciones armadas puso sus empeños en realizar el esplendor de esa imagen tentadora que hemos conocido con el nombre de porvenir industrial de Colombia.

La inquietud fué la ley de su vida. Después de haber sido autor de versos, escritor de prosa maciza y elegante, héroe de idilios rurales, orador parlamentario y tribuno de las masas, funcionario público empeñado en la tarea de propagar la educación elemental, soldado de fortuna, revolucionario impetuoso y agente consular de su patria en el extranjero, quiso completar la letanía de sus merecimientos haciendo exploraciones científicas sobre la costa Septentrional de Colombia, en regiones casi desiertas, donde el miasma atisba al caminante en la frescura de las selvas y en el hálito envenenado de las ciénagas expuestas a temperaturas que apenas resiste el organismo humano. Jorge Isaacs perdió así la salud, buscando hulleras y fuentes

de petróleo en las vecindades del Caribe. Sin abandonar los sueños de riqueza que le hicieron acariciar esas exploraciones, murió en Ibagué en 1895, pobre, medio olvidado de sus conciudadanos.

La vida de Isaacs no fué seguramente, en ninguna de sus épocas, la de un hombre alegre, jovial, capaz de grandes expansiones de regocijo o amigo de las ordinarias diversiones que ofrece el medio social sud americano. La sociabilidad no fué su rasgo característico: amaba la compañía de unos pocos amigos, pero ponía gran cuidado en no formar parte de las vastas agrupaciones anónimas. Fué un espíritu demasiado libre para acomodarse en un puerto determinado, siguiendo la clasificación que le impusiera una sociedad de gentes rotuladas, divididas en grupos, contentas de su situación y orgullosas del puesto que en la sociedad les había tocado venir a ocupar. Isaacs permaneció aislado hasta sus últimos días. Evitaba la sociedad de los curiosos, se dolía sin estrépito de

su mala suerte ante uno o dos amigos y deploraba los rigores del destino que le hacía pasar las postrimerías de la existencia en un ambiente tan poco conforme con sus predilecciones. No habiendo podido escapar de allí en vida, se satisfizo con disponer que el anhelado desplante se hiciera cuando la medida quedase colmada. Reposar no quiso, pues, ni después de su muerte. Dejó dispuesto que sus restos fueran trasladados, no a su ciudad natal, como hubiera esperado la posteridad conmovida, sino a Medellín, la ciudad montañosa, en donde la aurora de un día para él inolvidable había iluminado la gloria de las banderas triunfales y de las tropas regocijadas con lo inesperado de la victoria. ¿O acaso deseaba el poeta señalar con esta disposición testamentaria los nexos de sangre que una tradición indestructible quiere que existan entre los moradores de la capital antioqueña y la raza del poeta?

Es muy posible. En una de sus últimas

y acaso la mejor de sus poesías, «La tierra de Córdova», hace alusión a este origen probable e históricamente infundado de los antioqueños.

Tal fué el aspecto exterior de su existencia. Su vida sentimental está documentada con exceso en las poesías que va a ver el lector y en la visión introspectiva que se complació en formular pormenorizadamente y muy a la larga en la historia de «María» que contiene su propia vida afectiva.

Fué un soñador, que no se satisfizo nunca sino en el torbellino de la acción tempestuosa: un soñador a la manera del páldio corso, del Libertador Simón Bolívar; un romántico como Körner que buscó la muerte en el campo de batalla y un rebelde a la manera de Byron. A una riquísima vida interior, cuyos más íntimos recodos se complació en describir, unió la inquietud de los aventureros del siglo XVIII. En él se juntaron el personaje ideal de Sénancour y los impulsos vitales de

Thomas Whaley, morigerados por un ambiente reducido y por los dictados de una conciencia casi ascética.

Fué hombre de su tiempo y realizó sus ensueños en armonía con el hervor transitorio del ambiente. No tenía cualidades de reformador ni de apóstol. No pretendió adelantarse a su tiempo ni en la audacia de las formas en que expresaba sus sentimientos ni en la originalidad de las ideas por las cuales expuso su vida. Recibió de los tiempos en que se agitaba los rasgos prominentes de su fisonomía espiritual. Fué literariamente un romántico, como lo fueron la mayor parte de los políticos, filósofos y poetas que le rodearon. La fuerza que le alzó sobre sus compañeros de letras fué el candor de su sensibilidad y la facultad maravillosa de mirarse interiormente y reproducir sus sensaciones sin amplificarlas ni contraerlas. Era sincero hasta los límites en que nos lo permite serlo el pudor. Leyéndole hoy, a sangre fría, sin hacer una cuidadosa composición de lu-

gar, el lector siente el malestar que los extraños suelen experimentar ante el individuo que narra su propia historia en voz alta en los carros del travía o en los pasillos del teatro. Tal fué, sin embargo, el espíritu de la época. En el año 1848 llegó a Bogotá el contagio del romanticismo y con él la preocupación de descubrir el odioso «yo» y de manifestarlo a las gentes en todos sus cambiantes.

Por esta misma época y como efecto inmediato de la marejada romántica invadió a los literatos colombianos la preocupación del color local, de que nacieron en forma de diluvio los cuadros de costumbres. El género ocupó, como las aguas de aquel castigo del cielo, los hondos valles primero antes de eleavrse muchos codos sobre las montañas más altas. Causa mareo e impaciencia volver los ojos a esa inundación y tener que reconocer que entre la innumerable cantidad de escritores dedicados a reproducir el ambiente en que estaban sumergidos apenas hay tres o cuatro que

de veras lo hubiesen sentido y que dejen en sus páginas la impresión de un contacto verdadero con la realidad. La observación superficial es el carácter distintivo de esta literatura, el gracejo de valor equívoco la sal de su vida; y una incapacidad de reproducir lo sentido, como no sea por medio de la exageración, constituye el secreto del procedimiento descriptivo. Observar de prisa y reproducir en escorzo, desde un ángulo improbable, era la preocupación de estos pintores del género. Se salvaron algunos; justamente aquellos que se acercaron a describir la naturaleza circundante y el alma de sus paisanos con los procedimientos a que se habían atemperado leyendo a Chateaubriand, a Balzac, a Larra, tal vez a Manzoni. Lección de los tiempos para los que han venido a restaurar ahora con el nombre de criollismo aquella plaga del color local de que empezaba a curarse la América. El «criollismo» o el «exotismo» no son más que palabras. Lo que importa es observar despacio, sa-

ber crear y saber escribir. El criollismo nos habría privado de veinticuatro entre las treinta y siete obras dramáticas atribuídas a Shakespeare, del «Paraíso Perdido», de la «Tentación de San Antonio», de «Thais» y de otras muchas creaciones incomparables de la musa imaginativa.

Isaacs tuvo cuidado de dejar testimonio de sus gustos literarios, como si hubiera temido que la sensibilidad manifiesta a borbotones o en suaves hilos cristalinos en su tomo de poesías y en su novela no nos hubieran de decir a las claras que era un romántico empedernido. En la «María» trae a un burgués acaudalado a disputarle su novia. Lo lleva a su cuarto a enseñarle su biblioteca. Allí están representados la Biblia, Chateaubriand, Shakespeare, Blair, Calderón, Cervantes y Hernán Cortés. Toda la lira de las innovaciones que trajo el romanticismo la hacen sonar estos nombres. La suplantación de la mitología clásica por las divinidades hebraica y cristiana, la preocupación de analizar el

propio «yo» y manifestarlo a las gentes ya disecado en formas rígidas, ya campante por sus respetos; la universalidad de la observación y el predominio del sentimiento sobre las reglas; el regresó a la naturaleza con el retórico comentador de Ossian; otra vez la invocación del sentimiento como supremo dispensador de las riquezas poéticas; Don Quijote que antepone la imaginación al razonamiento ni más ni menos que la Señora Stael; Hernán Cortés que suministra el anjeo para volver a la naturaleza con los héroes de Chateaubriand. En verdad no hubo lista de libros mejor calificada para poner de relieve las proclividades literarias de un novelista o un poeta. Habría sido demasiado candor incluir en esa enumeración la novela de Bernardin de Saint-Pierre. No debemos reñirle al autor por esta omisión: los hechos hablaban muy claro.

La humana piedad transfundida en la descripción de la naturaleza, el amor, los

recuerdos caseros, el sentimiento patrio son las notas dominantes en este tomo de poesías. El paisaje está visto con los ojos del cantor romántico. La personificación de la naturaleza es constante. Entre las asonancias y consonancias parecen infiltrarse a hurtadillas estos conceptos de la «María»: «La naturaleza es la más amorosa de las madres, cuando el dolor se ha adueñado de nuestra alma; y si la felicidad nos acaricia ella nos sonríe» que pueden ser falsos tomados en toda la extensión de su significado, pero que documentan, sin dejar lugar a duda, el origen de un gusto literario. Rousseau y Chateaubriand se ciernen por sobre estas descripciones, harto remotas, es verdad, de las violentas invectivas de Leopardi contra la naturaleza

che de 'mortali
E madre in parto ed in voler matrigna.

Era también romántico en la elección de los aspectos de la naturaleza. Le fascinaban las puestas de sol. En la «María» acu-

den a su imaginación con más frecuencia «los rayos horizontales» del sol que el poder del astro rey en la plenitud de la carrera. Los paisajes lunares, el recinto de los bloques, la transparencia de las mansas corrientes, donde una mano amorosa había deshojado para su regalo la flor de sus rosales favoritos, son los temas recurrentes de su pincel atormentado. Es singular que este soldado no se hubiera complacido nunca en describir los aspectos heroicos de la guerra. Su sensibilidad de poeta romántico no condescendía en usar del verso para exaltar las cualidades combativas de la especie humana. De la guerra nos deja ver tan sólo las miserias y el dolor que quedan cuando ha pasado el triunfo y cuando los clarines han dejado reposar los músculos de sus lenguas metálicas. La viuda, el huérfano, el hermano del héroe se asoman en «Los Parias» a deplorar el horror de la guerra. En «La muerte del Sargento» los pormenores inconexos de la batalla sirven tan sólo de

fondo al espectáculo miserando del soldado herido mortalmente que lanza el último suspiro pensando en su mujer y en su hijo.

Con todas sus cualidades de sinceridad y delicadeza, la poesía de Isaacs nos deja casi fríos a los que nos acercamos a ella, cincuenta años después de escrita, con ánimo de penetrar en el fondo de sus secretos resortes. Comparada con su prosa es necesario convenir en que esta poesía ha envejecido considerablemente. Y no cabe decir que es la sensibilidad nuestra la que se ha modificado, porque, aunque esto es verdad, esa modificación no impide que nos cautiven sin poder remediarlo Lamartine, Musset, Espronceda, Heine, Manzoni. Para explicar este fenómeno debo recurrir como los tratadistas de lógica a plantear una definición: Isaacs es un poeta cuya forma natural de expresión resulta ser la prosa. No quiero decir con esto que sean sus poesías triviales ni prosaicas sino que el caudal de su sensibilidad queda estre-

cho en los límites del verso. Necesita prodigar las elipsis, los puntos suspensivos, el interrogante y la admiración para verter el ímpetu de sus sensaciones. Recurre al asonante en busca de mayor libertad y echa mano de los finales agudos fáciles y en ocasiones demasiado evidentes, porque la riqueza de la emoción no cabe dentro de las exigencias del consonante meticulosamente estudiado. Son los defectos de la época; pero son también el resultado del arranque indómito en un corazón que desborda y rebasa los límites del procedimiento retórico.

Su prosa tiene más cuerpo. Isaacs dominaba la frase, poseía el sentido de la armonía y el número e instintivamente acomodaba el ritmo de sus períodos a las exigencias del asunto. En ocasiones, sin que la imitación sea manifiesta, parece que leyera uno páginas de las más hermosas que les legó Chateaubriand a sus póstumos admiradores.

Ese poder extraordinario de acomodar

la frase a las exigencias de su pensamiento, de su generosa sensibilidad y del ambiente novelesco que el autor había estudiado a palmos fueron la causa de aquel hechizo que la «María» ejerció sobre la juventud literaria de 1870 y sobre todo un público americano anheloso de ver puestos en cifra estados de alma, aspiraciones sentimentales que estaban en la atmósfera como la electricidad en el éter tempestuoso. Sería un error y una injusticia dar por sentado que el romanticismo de la «María» se cierne sobre las realidades de la vida, lejos de ella y extraño a los intereses inmediatos, como es el caso en muchas creaciones de esa escuela. Isaacs no se aparta sino ocasionalmente de la realidad: fuerza en ocasiones la nota azucarada como al poner a la prometida en la tarea ingrata, equívoca y por fortuna manifiestamente mal imaginada, de deshojar rosas en el remanso donde iba a bañarse Efraín. Pero fuera de estas ligeras desviaciones del gusto firme y exigente del autor, la novela conserva

desde las primeras hasta la última página un vivo contacto con la realidad palpitante. Se ha querido representar como canon de la escuela romántica del divorcio entre la ficción y la vida, porque mirando a «Rolla», a los «Miserables» y a la obra novelesca de Lamartine una generación entera quiso sacar de estos engendros híbridos toda la preceptiva de un género. Eso, sin embargo, no fué el romanticismo. Esa visiión del mundo no era una reacción contra la realidad de las cosas, ni trataba de oscurecer con un velo equívoco las semblanzas del conflicto vital. El romanticismo, reaccionando contra los vicios literarios de la edad clásica, pedía justamente un acercamiento a la naturaleza y a la verdad. Exigía que se usara el término concreto allí donde los clásicos imponían la tiranía ambigüa del concepto general. Fastidiados de las criaturas artificiales en cuya creación se revolvían concupiscentemente los neo-clásicos, los románticos regresaban a la naturaleza y describían o trataban de

describir al hombre verdadero a quien buscaban o en las selvas de América o en las oscuridades de la Edad Media o en las ciudades populosas de su mundo contemporáneo. En vez de acudir a las reglas para describir un ente humano se miraban introspectivamente para descubrir la realidad inmediata de su «yo», la única que podían analizar a sus anchas sin el intermedio de la pantalla social.

El primer impulso de los románticos fué una carrera desalentadora en busca de la realidad. Hay obras que señalan de qué manera el genio verdadero logró sorprenderla en la solemnidad imponente o humilde de sus mansiones. Ahí están «Los Novios» de Manzoni, el esfuerzo consciente más obstinado y más eficaz que se haya hecho para poner en ejecución todos los cánones de la escuela.

La única novela americana del género romántico que puede compararse a «María» y que es superior a ella en muchos conceptos es «Inocencia» del brasileño

Vizconde de Taunay. Este libro apareció en 1872, cinco años después de la «María», cuando la marejada sensibilizante había empezado a sosegarse. «Inocencia» revela un poder creador formidable. La heroína no es la mejor diseñada de las figuras que se mueven en un mundo que causa a veces la impresión absorbente del mundo shakesperiano. El padre, el médico rural, el naturalista Meyer; hasta las criaturas fugaces y evanescentes como el enano o el leproso tienen el prestigio de la verdad resplandeciente. En la «María» no hay más que dos personajes o, digámoslo con más precisión, uno sólo que se mira por turnos en el espejo de Efraín o en el tocador de María. Las demás figuras son meras sombras: el padre, la madre, Carlos, Emma, forman parte de un paisaje lejano, como aquellos que solían poner los pintores del renacimiento en el fondo de sus retratos para producir determinados efectos de luz. La «María» es, sin embargo, superior a «Inocencia» en la eficacia descriptiva, en

el valor comunicativo del estilo. Esta era la fuerza de Isaacs. El no lo supo acaso. Quiso prodigar su alma en la postrera etapa de su actividad literaria escribiendo poemas esotéricos u odas reverberantes. Le habría venido más a su cuerpo el intento de representar en la prosa maciza, suculenta, ondulada y armoniosa que el destino le había deparado, la vida, la naturaleza de su suelo natal.

Las poesías de Isaacs no le habrían inmortalizado, pero como en el caso de otros soberanos maestros del estilo, su nombre y los accidentes de su vida han servido para inmortalizar las poesías que aparecen en este volumen, que tienen un valor intrínseco sin duda, y que deben conservarse como valioso documento de una época literaria gloriosa, ligada en la memoria de los colombianos a preciosas conquistas políticas, perdidas más tarde, en el más siniestro de los naufragios.

B. Sanin Cano

EL POEMA DE ISAACS



LUMINAR

On n' ecrit pas cette histoire,
on la chante.

LAMARTINE

En las horas de azules remembranzas,
al ritmo vesperal de mis dolores,
como en cofre de lágrimas y flores,
he buscado mis muertas esperanzas.
En el hechizo del Poema... (danzas
de ternuras y anhelos, y fulgores
de un ensueño de mágicos colores
que va en pos de mentidas lontananzas...)
Me dice ese poema la tristeza
de la tarde en un ¡ay! paso, muy paso,
cuando en las vueltas del camino reza.
El viento al claroscuro del ocaso;
del recuerdo la mística terneza,
y de la noche el fúnebre aletazo!

I

MARIA

Yo podría morirme conforme dándole mi último adiós.
JORGE ISAACS

Sobre la niebla que en el bosque ondea
siento flotar su espíritu de aurora:
fresco capullo que el Amor enflora
y los ensueños de su mente crea.

Con tintes de crepúsculo pasea
el jardín su mirada voladora:
último rayo con que al monte dora
la moribunda lámpara febea.

Y aún tarda Efraim... En haces suelta
su cabellera de oro, y lentamente,
como entre bruma luminosa envuelta,

se pierde... «El ave negra» en el vallado
da su siniestro canto, y Occidente
empapa en gris el rostro ensangrentado.

II

EFRAIM

Una hora después... ¡Dios mío, tu lo sabes! Yo había recorrido el huerto llamándola, pidiéndosela a los follajes que nos habían dado sombra, y al desierto que, en sus ecos, solamente me devolvía su nombre.

JORGE ISAACS

¡Esa su voz!... Se pierde en el vacío
de abrumadora realidad cargada,
Silencio... Nadie acude a su llamada:
mudos están la flor, la selva, el río...

¡Mas no, que con su aroma el bosque umbrío
le habla de amor!... Y su ánima cansada
hace buscar la luz de la mirada
que le arrulló en las noches del estío.

¡Solo!... Estar solo... y ver que se derrumba
en el vórtice negro de la tumba
a un cadáver atada la esperanza,

¡y todavía vivir!... No del olvido
las sombras velarán en ese nido,
grita lumbre! una cruz en lontananza.

III

La casa de la sierra

> Fijos estaban mis ojos sobre las colinas iluminadas al pie de la sierra distante, donde blanqueaba la casa de mis padres.
>
> JORGE ISAAÇS

Era una tarde azul. Desde el ocaso
el sol, cual una lámpara agotada,
lanzada su postrera llamarada
sobre el mullido y oriental ribazo.

Allí brillaba el nítido brochazo
del astro, como garza inmaculada
entre nido de palmas dormitada,
—de un idilio inmortal blando regazo—

La casa de Efraim. Allí dormidos
tantos ensueños ví tanta dulzura...
¡de amor tantas palabras olvidadas!...

(¡Cómo quedan las plumas en los nidos!....
¡Cómo sigue la sombra a la ventura!...
¡Cómo viven las almas enlazadas!...

ALBERTO CARVAJAL



Prólogo á la primera edición [1]

En una de las últimas noches del mes de mayo, estábamos reunidos en casa de uno de nosotros y esperábamos oir leer las poesías de un joven, cuyo nombre nos era hasta entonces apenas conocido.

Leída la primera composición, experimentamos dos sentimientos: de admiración el primero, admiración semejante a la que produce la vista de úna de las magníficas auroras del Cauca.

(1) Hecha en Bogotá en 1864.

De temor el segundo, al pensar que aquellas armonías que tan dulces nos habían parecido, podían quizá desvanecerse, que la inspiración del poeta pudiera haber sido fugitiva.

Pero nuestra admiración creció, y la lectura de las otras composiciones disipó nuestro temor. Entusiasmados al fin, ofrecimos al inspirado joven las sinceras simpatías de nuestros corazones expresadas en fervorosos elogios.

Dímosle cuanto podíamos darle; devolvémoslo ahora las poesías que entonces nos leyó manuscritas; dámosle también nuestros nombres, firmando no una recomendación, que para tanto no nos creemos competentes, sino una carta de introducción para el público: a éste toca juzgar el mérito del libro que le presentamos.

Bogotá, junio 24 de 1864.

J. M. Samper.

J. Manuel Marroquín.

Ezequiel Uricoechea.

Ricardo Carrasquilla.

Aníbal Galindo.

Próspero Pereira Gamba.

Diego Fallón.

J. M. Quijano O.

Rafael Samper.

Teodoro Valenzuela.

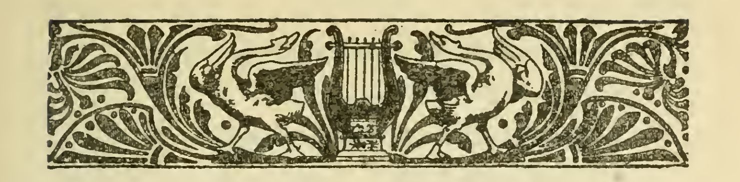
J. M. Vergara Vergara.

Ricardo Becerra.

Salvador Camacho Roldán.

Manuel Pombo.





A CALI

Cali, ciudad de las añosas palmas,
do se mece intranquilo el aquilón,
te has dormido al arrullo de las aguas
que dan a tus campiñas su verdor;

¡ay! te has dormido, de llorar cansada,
y tienes en tu sueño por cojín
estas colinas, hora solitarias,
do huyeron tardes de mi edad feliz.

Mucho lloraste...! En el extraño suelo
amargo llanto derramé también;
y soy donde nací casi extranjero
si me niegas tu abrigo ¿dónde iré?

¿En dónde, en dónde encontrarán mis ojos
de tu hondo valle el horizonte azul,
tus bosques de perfumes misteriosos,
tu limpio cielo, de tu sol la luz?

¿Dónde el recuerdo de las leves horas
que engalanaba para mí el amor,
si sólo de tus noches a la sombra
se encuentra mi angustiado corazón?

Soles quemantes, cuya luz doraba
los lagos de la pampa en el confín;
y más allá las cumbres azuladas,
y aún más lejos cielos de turquí.

¿Acaso nunca volveré a encontraros
como en mi ardiente adolescencia ya?
Tristes como el que miro en el ocaso,
cuántos mis ojos descender verán...

. . . .

Tarde a tus hijos sollozante llamas,
desierta te contemplo desde aquí,
y en ruinas los hogares que abrigaban
a un pueblo noble, intrépido y feliz.

Y te he mirado en las sangrientas lides
lanzándote al combate en tu furor,
limpiar tu alfanje en las nevadas crines
de tu corcel, rival del aquilón;

vibraba, cual del rayo el estampido,
tu voz en el estruendo de la lid,
ahogando, cual de débil caramillo
el delicioso acento del clarín;

siempre el ijar el acicate hiriendo,
daba tu casco deslumbrante luz;
sobre él rizaba tu pendón el viento...
nadie a herir se atrevió do heriste tú!

. . . .

Te vuelvo a ver doliente, abandonada,
tus lauros destrozados a tus pies;
dormida empuñas las melladas armas,
y aun ciñe el yelmo tu abatida sién.

Tus campos de batalla he recorrido,
que atraviesa miedroso el labrador
cuando lanza sus rayos mortecinos
desde las cumbres de occidente el sol.

De tus guerreros visité las tumbas...
Sobre esas breñas a rondar aún
va el buitre hambriento que osamentas busca.
Héroes sin gloria... Túmulos sin cruz!

Julio de 1864.

La «Virginia» del Páez

a la señora V. S.

En las riberas do estruendoso el Páez
mece los bosques de *Copé* aromado,
hay una flor parásita escondida
en el ramaje oscuro de los cauchos:
tiene del lirio la gentil corola,
y luce en terciopelo delicado
las tintes de la dalia y de la lila—
llámala el montañés *la flor de mayo.*

La admiro como a tí: nunca han podido
acariciar sus pétalos mis labios,
y aunque presiento su celeste aroma,
le busco a orillas del abismo en vano.

Y es porque el viento en las calladas noches
desciende de los Andes enlutados,
y fingiendo del aura los suspiros,
roba el perfume de la flor, avaro.

La admiro como a tí: nunca en la mía
un solo instante se posó tu mano;
en muelle vals tu talle no ha cedido
a la presión de mi amoroso brazo.

Jamás las gasas de tu sién de reina
al soplo de mi aliento se agitaron...
Eres como la flor que me enamora
en su lujoso y rústico palacio,
que tiene por alfombra las corrientes
y por techumbre los umbrosos cauchos.

De ella y de tí me seguirá el recuerdo
hasta en la sombra de mis bosques patrios;
mas si eres tú, como mi flor, modesta,
y si esa flor se te asemeja tanto,
deja que lleve tu precioso nombre
la hermana que los bosques te ocultaron.

Muy pronto contarán los montañeses
que eres tan linda cual su *flor de mayo*,
y que un poeta la llamó «Virginia»,
y por eso «Virginia» la llamaron.

1864.



La Reina del Campamento

Oronda como un sargento
que han ascendido a oficial,
tormento de coroneles,
Tarcila pasando vá.
Su *rebozo* oculta a medias (1)
un rostro lleno de sal
con unos ojazos negros
incendiarios por demás,
compañeros de una boca
que es forzoso castigar
por ser más roja y maligna
que un jefe dictatorial.
Con su lindo zangalejo
juega la brisa, quizá
se luce el diablo si vuelve

(1) NOTAS, página 218.

viento la oficialidad;
y deja ver maliciosa
pies tan pequeños y tan...
que caben en una mano
sus talones de coral.
Su camisa trasparente
yo no sé qué hace temblar,
cuando finge que se arropa
por descobijarse más.
En sus bordados y encajes
lo negro y la nieve van
humillados por un seno.
de belleza tropical.
—Oye, *Tarcila,* te ruego
conmigo no rías ya,
porque me aflojas de modo
que no podré pelear.
—¿Y era con él? ¡tan creído!
—Pero, escucha—¡Capitán!
—Por ser tu rosario un día
me convirtiera en cristal.
—¡Mire qué lindo teniente!
—Condores, vé si los hay.
—¡Y como tengo tanta hambre!...
—Por un beso, dos— *¡Ajá!*

—Por uno a mi gusto, cuatro,
o por la fuerza...— *¡Velay!*
Dejemir por mi camino.
—Ay, *Tarcila*, ven acá,
oye una cosa— *¡Ni riesgo!*
Se lo digo al general...
—Con los dados no echo suerte!
Contigo...—*Asina* le irá.
¡Adiós! suélteme el *rebozo*.
—Mira, negra, ¿a dónde vas?
—¿Le importa?—Porque te quiero
más que ninguno.—Hace mal.
—¿Con que dejas que me maten
sin?...—¿Quién lo quiere matar?
—¡Si tengo presentimiento!
—¿Pues qué hacer? Lo enterrarán.
—Di que sí, porque no hay paso;
si dices no, al Principal...
—¡No parecen caballeros!
¡Ay, señor! ¡qué necedad!
Y sigue la ardiente criolla
volviendo a ver hacia atrás,
con ojos que dicen: ¡peca!
y una risa criminal.
Andaluzas no han tenido

ni su garbo en el andar,
lo picante de su gesto
ni su lánguido ademán.
Dónde vive, no se sabe;
si tiene dueño... jamás:
caucana de nacimiento,
en Manizales está;
y no vale al paisanaje,
ni ser godo o liberal,
que con un «ni riesgo» alela
al más altivo galán.
Si hay constantes en seguirla
es en mofarlos tenaz;
a un «¡adiós!» tuerce los ojos,
y a un «¡me muero!» o «¡ven acá!»
La puntita de la lengua
enseña con gracia tal,
que si morder no provoca,
yo no sé qué es provocar.
Y sigue la ardiente criolla
volviendo a ver hacia atrás
con ojos que dicen: ¡peca!
y una risa criminal.

1860.



EL CABO MUÑOZ

I

No sé si te dejo el alma,
si la llevo no lo sé;
solo sé que por quedarme
me hiciera herir otra vez.

No llores, por vida tuya,
no llores más, Isabel;
no llores, o fusilado
por desertor voy a ser.

Como olvidan a soldados
¡ay! ¿me olvidarás también?
no me olvides, que te quiero
para que seas mi mujer.

Para orgullo de mis hijos
y orgullo de mi vejez,
en cambio de estos galones,
charreteras te traeré.

Encomiéndame a la Virgen
y al Arcángel San Miguel,
que si me sacan con vida,
fiesta les hemos de hacer.

Ultimo toque de marcha...
dame otro abrazo, Isabel...
No llores, o fusilado
por desertor voy a ser.

II

—Esta es la casa sin duda.
«Bendito el nombre de Dios».
¡Ay! ¡qué prójima tan linda!
—Un soldado... entre, señor.

—¿No fué aquí donde curaron
heridas a un tal Muñoz,
que era cabo?—Sí, primero.
—¿La niña Isabel?—Yo soy.

—Me zafaré este morral
para entendernos los dos,
pues le traigo una encomienda
que es de mucha estimación.

Envuelta en este retazo
de un estandarte español,
debe estar la charretera
que la vida le costó.

—¡La vida!—¡Yo soy un bestia!
se me ahoga... y es de amor.
Esta muchacha se muere
si no la bañan en ron.

Ayuden, que estoy de marcha.
¡Oh qué bomba era el Muñoz!
tenga aquí, que ya va lejos
la cola del batallón.



TEN PIEDAD DE MI

Señor! si en sus miradas encendiste
este fuego inmortal que me devora,
y en su boca fragante y seductora
sonrisas de tus ángeles pusiste;

si de tez de azucena la vestiste
y negros bucles; si su voz canora,
de los sueños de mi alma arrulladora,
ni a las palomas de tus selvas diste.

Perdona el gran dolor de mi agonía
y déjame buscar también olvido
en las tinieblas de la tumba fría.

Olvidarla en la tierra no he podido.
¿Cómo esperar podré si ya no es mía?
¿Cómo vivir, Señor, si la he perdido?



ELVIRA SILVA

La mort aime á poser sa main lourde et glacée
Sur des fronts couronnés de fleurs
V. HUGO.

I

¿Por qué las negras sombras de la noche
tras el vívido albor de la mañana,
y el espanto, mudez y hondo silencio
al despertar llamándola en sollozos
los que en el mundo mísero quedamos?

Arrobadora realidad creada
por el numen divino que fecunda
mi ya cansado corazón... espera!
son tan agrias las heces que sobraron
para el final de la existencia mía...

Y ayer, ayer no más las endulzabas,
celestial hechicera,
angel consolador en mi agonía?

II

Espera... espera! Me darán tus ojos,
santa visión del vate dolorido,
luz, esperanza y fe para las horas
últimas de batalla... y en mis cantos
habrá de tí misterios y fulgores,
el ritmo sobrehumano de tu acento,
estro inmortal, y vida de tu vida!

La inspiración que desbordó en tu alma
llanto abundoso que sació mi ardiente
y eterna sed de gloria... vive, vive!
para lo excelso, inmaculado y grande,
para tí, la delicia de querubes,
embeleso y amor de los amores...
hálito de Jehová, luz de su mente
humanada en mujer... No! vuelve al cielo,
criatura del Poeta Omnipotente!

III

Vano ensueño quizá... Delirio y gozo
del alma que memora o que presiente

la belleza inmortal... Lágrimas ciegan
los ojos que te buscan, y responden
al llamarte, gemidos a gemidos...
Ay! tus risas, tu voz de arrullos llena
para el dilecto y amoroso hermano,
escuchar se figura y que en su pecho,
reina mimada del hogar, reclinas
la cabeza de Psiquis en que aja
las níveas rosas entre negros bucles...
y dócil prisionera de sus brazos,
finges huirle a él... Lívida... Yerta!

Sorda a sus ruegos, para siempre yace,
lujosa con las galas de la tumba
y la noche sin fin... allí do aromas
y el calor virginal de sus vestidos
y los primores de sus manos quedan...
engañadoras prendas que de vida
hablan al arrobado pensamiento,
y de la instable bienandanza ida
al alma que se goza en su tormento.

IV

En silencio llorad los que la amasteis...
y dejadla dormir cándida y pura

en su lecho castísimo de niña.
Angeles invisibles le han besado
las mejillas, hoy mustias, que antes fueron
semblanza de las flores ruborosas,
y púdica cerró los dulces ojos
en que los cielos mismos se miraron...

El féretro mullid. Larga la noche
del sepulcro será... lóbrega y fría!
poned blando cojín a su cabeza,
que en el regazo maternal buscaba
mimos ayer y juegos y caricias...
Trenzad los sueltos rizos que fragantes
velan, vivos aún, el casto seno,
y con gasas de espumas arropadla
en su lecho nupcial... Elvira! Elvira!
parece sonreir, y que respira!...
El ataúd su tálamo! Es la esposa
del blondo y bello Arcángel de la muerte;
sólo con él soñabas amorosa:
¿qué sér humano pudo merecerte?

V

¡Cómo se ha helado, inmóvil, sin abrigo,
de la noche luctuosa en el ambiente!

Resplandores del alba la circundan,
nimbo le dan a la marmórea frente,
y al fulgor celestial que la ilumina
el áurea luz de los blandones tiembla
débil palideciendo y mortecina.

Es la mañana que las cumbres dora
y los lagos argenta en la llanura,
que acaricia tus flores, y en el huerto
besa nidos que guarda la espesura.
¿Duermes aún y tan hermoso el día?
azul, azul!... no ves? Abre los ojos
y los purpúreos labios sonrientes:
todo amor y fragancias y alegría!
todo a la vida y a la luz despierta...
¡Ay! sólo tú, dormida para siempre,
y para siempre muerta!

VI

En féretro de flores, al sepulcro
avanzas en los hombros de tus siervos:
reina de la virtud y la belleza,
triunfadora inmortal, he allí tu trono!
tras de la pompa fúnebre y el llanto...

—¡Oh recuerdo cruel del alma mía!—
vendrá el olvido de la turba vana,
y el eco lamentoso de mi canto,
en el placer la enfadará mañana.

¡Feliz te vas! feliz porque al sepulcro
llevas el corazón del caro amigo,
tierno guardián de tu niñez dichosa.
Ciego te sigue aún!... ¿Oyes sus pasos
en pos de tí, como en su edad primera?...
¿Qué, si no existes, en el mundo espera?

Te vas!... y para siempre! sorda, muda...
insensible a gemidos y lamentos
de los seres que amaste! ¿Y así pagas
la ternura y amor? ¿Qué su existencia
será sin tí, la gala y alborozo
en ese hogar de tus encantos nido,
donde pasan las horas,
lentas cual las de dicha voladoras,
y en que todo es dolor porque te has ido?

VII

Señor! Señor!... Si bella la creaste
cual la hija de Jairo, y prez y orgullo

es en tierra de gentes que te adoran;
si a Lázaro en la tumba despertaste
porque bueno te amaba,
y oyes a los que sufren y te imploran...
en ella pon tus manos condolido;
levántala, Señor! y sólo tuya,
de infelices la fe y alivio sea,
del cielo su corona de azahares...
alba nube de incienso en tus altares.

No me puedes oir!... Mísero humano,
transito de la tierra los desiertos;
si cruzo los aduares de los hombres
la iniquidad odiando de los vivos...
¿por qué turbo el reposo de tus muertos?

Enero de 1891.



LA CORONA DEL BARDO

Desata de mi frente esta diadema
de rojos mirtos y lujosas flores;
que ya mis sienes fatigadas quema
y emponzoñan el alma sus olores.

De fugitiva gloria vano emblema,
valióme de la envidia los furores;
de los del oro vil adoradores,
el rencor y sacrílego anatema.

Mas, ¿por qué tristes a la tierra inclinas,
muda ante mí los ojos virginales
inundados de lágrimas divinas?

El amor inmortal, hace inmortales;
y al llegar del sepulcro a los umbrales,
coronas ¡ay!... me sobrarán de espinas.



EL DIOS DEL SIGLO

No temáis de otro Dios la omnipotencia:
danzad en torno del Becerro de oro,
y ahogad, ahogad en estruendoso coro
la impertinente voz de la conciencia.

La virtud no es virtud, es impotencia;
humo el Dios de Israel a quien adoro:
bien en la faz del pobre sienta el lloro;
solo un crimen es crimen, la indigencia.

Amad a vuestro dios, que sin medida
envidiados honores os concede
y con bellas esclavas os convida:

si de la tumba alzaros él no puede,
bastante es ya que de vosotros quede
bajo mármol aquí... carne podrida.



ZORAIDA

(FRAGMENTO)

¡Ay! ¡Temblamos de amor y ante el delito!
es un crimen amarnos y le adoro:
fuerza o perdón, mi Dios, ya sólo imploro...
¿cuándo fué tanto amor por tí maldito?

Tú lo sabes... tú viste... En vano el grito
de la conciencia... Muévate mi lloro
y este dolor eterno que devoro,
que va en mi frente avergonzada escrito.

Madre del corazón, mi amparo y guarda,
¿por qué tan sola y débil me dejaste,
por qué el momento de seguirte tarda?
si le oyes y le miras... y si amaste,
¡díme cómo a sus pies, así vencida,
podré quitarle con mi amor la vida!

¡Un año que partiste!
creer aún en tu constancia quiero...
tu esclavo vil mi corazón hiciste,
¡y me engañaste... y te perdono... y muero!

Así sus labios trémulos y ardientes
el reposo y el alma me robaron
desde el instante mismo en que obedientes
estos a sus caricias encontraron;
los ojos que en mis ojos se miraron
de mi traviesa voluntad pendientes,

loca de amor me vieron indolentes
y morir de dolor, ¡y no lloraron!
quedó mi corazón ahumado escombro:
huye la llama de la yerta escoria...
¡Y de mi triste soledad me asombro!
¡Sus banderas! ¡Batallas!... ¡La victoria!
En vano, en vano al expirar le nombro:
tu amor le basta, maldecida gloria!



DESPUES DE LA VICTORIA

I

Con albas ropas, lívida, impalpable,
en alta noche se acercó a mi lecho:
estremecido, la esperé en los brazos;
inmóvil, sorda, me miró en silencio.

Hirióme su mirada negra y fría...
sentí en la frente como helado aliento;
y las manos de mármol en mis sienes,
a los míos juntó sus labios yertos.

II

La hoguera del vivac agonizante:
olor de sangre... Fatigados duermen:
infla las lonas de la tienda el viento:
de centinelas, voces a lo lejos...

¡Largo vivir!... ¡La gloria... ¿Quién laureles
y caricias tendrá para mí en premio?
¿Gloria sin tí?... ¡Dichosos los que yacen
en la llanura ensangrentada muertos!

1876.



Adormeciendo a David

Sueña con sus clarines y sus flores;
nada teme en mis brazos; y dormido,
halla en ellos amor y dulce nido,
venturoso y extraño a mis dolores:
sueña del valle umbroso en los alcores,
con su novia infantil mal escondido,
los pasos... y las risas y el ruido
oír de los chicuelos buscadores:

Sueña que ya los labios maternales
balbuceándole están tiernos enojos,
y que besados los insomnes ojos,
ve sonreirle niños celestiales...
¡Infancia!... ¡Verdes bosques!... ¡Mis raudales!...

¡Verjel de amor que cubren los abrojos!...
¡Pide a la muerte al menos mis despojos,
patria cruel para tus hijos leales!

Acaso de mi faz, sobre su frente
ha rodado una lágrima... ¡bien mío!
sueña, sueña en mis brazos inocente:
yo no lloro... ¿No ves, no ves que río?
Alivia para tí mi alma doliente;
¡calienta tú mi corazón ya frío!

¡Amar! ¡Al borde de la tumba, gloria!
Crespón y lauros... ¡Infinito anhelo!
El presente, dolor: ¡el bien, memoria!
¡Eso es vivir, y tu existencia velo!
¡Vence! Mas sin Calvario no hay victoria:
¡Cúmplase en tí la voluntad del Cielo!

1880.



EN LAS CUMBRES DE CHISACA

Llamó a mis puertas la fortuna, y sordo
sus voces desdeñé:
¡oh patria!... La ventura y el reposo
a tu gloria ofrendé.
Hoy la miseria, ronda de mis hijos
el pobre y triste hogar;
serpiente humilde que amenaza el nido
del águila caudal.
¿Qué les valen tu gloria y de mi alma
el grande y tierno amor,
si no tienen las sombras de tus alas,
proscrito, errante yo?
En las pampas azules de Occidente
rebusco desde aquí
las altas torres y colinas verdes
del lejano confín.

¡Comarca hermosa!... ¡Bosques del Combeima!...
¡Apacible mansión!
Allí...—¡Cobardes lágrimas!...—esperan
en angustia y dolor.
¡Oh Patria! ¡Oh madre!... numen de mi vida,
me oprimes sordo y cruel...
Y juventud, amor, reposo y dicha
¡a tu gloria ofrendé!

1885.



¡SED BUENOS!

Y pusieron en mi comida hiel;
y en mi sed me dieron a beber
vinagre.—(Salmo LXIX, v. 21).

I

No, no hay piedad ni tregua en el combate
con tu legión de inícuos, ¡oh Fortuna!
Y el lidiador valiente que se abate
ludibrio espere, compasión... ninguna.

Desvelos y virtud, gloria y tormentos...
—«¡Atrás! Caed, gemid los temerarios».
—¡De sed morimos!—«Hiel a los sedientos».
¡Sobran verdugos, cruces y calvarios!

Hijos de Pluto, reyes de la tierra
en la farsa infernal de sólo un día,
cuanto grande la mente humana encierra
mereció vuestra estúpida ironía.

Se abisman en los antros de la muerte...
Ni un eco en pos, ni huellas luminosas:
son ídolos de carne que convierte
un soplo en cieno y larvas asquerosas.

II

Cerca la dicha está, premio y venturas
que ansié para vosotros, hijos míos,
y aun arrostro miserias y torturas...
y de almas ruines los desdenes fríos.

Mañana, conseguida la victoria
que obtengo ya con los cabellos canos,
de sus víctimas de hoy no harán memoria
hombres sin fe que os tenderán las manos.

¡Sed buenos! Perdonad, que la venganza
nunca en mi corazón mulló su nido;
quien perdona merece bienandanza...
Lo torpe y criminal es el olvido:

recuerda y ama el nómada salvaje
selva en que miel halló, fuentes y lecho,
y cauto cruza sombras del boscaje
donde ha visto la víbora en acecho.

III

No envidiéis los palacios que levanta
en la inmunda ciudad orgullo insano;
en torno gime la miseria santa...
¡Labora y redención espera en vano!

¡Esperan paz y luz! Son los vencidos
en la lid por la vida ¡oh vencedores!...
¡Qué tinieblas, sollozos y alaridos
en la sima espantosa de dolores!

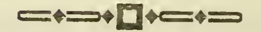
¡Ah! vosotros, mi orgullo, descendientes
del Macabeo, raza de proscritos...
Que en las almas lleváis nobles y ardientes
piedad humana, gérmenes benditos.

Tened cerradas de mi hogar las puertas
al lucro y vanidad que honor desdoran,
al mérito y virtud estén abiertas
y a desválidos huérfanos que lloran.

Lágrimas de los pobres aliviados
son aureola celestial del bueno;
eran ellos de Job los amparados,
y amor, divino amor del Nazareno:

por él, por mí, por vuestro limpio nombre,
sed buenos, pues que sois la sangre mía,
y nunca os intimide ni os asombre
de la turba venal la befa impía.

1890.



PRO PATRIA

Al bosco morador de los desiertos
no le pidas aún trovas galanas;
de aquellas soledades infinitas
traigo silencio y sombras en el alma.

Ante el fecundo laborar humano,
al noble y fuerte corazón no bastan
coronas de poeta en los festines
y en el esteril ocio conquistadas:

troqué a los faunos mi laurel salvaje
por los secretos que los Andes guardan,
y a mis pies tenebrosos vi entreabrirse
las tumbas de las selvas diluvianas.

Yelmo que ciegue al sol, áureos ropajes,
en vez de los plumones de la indiana,

soñé ofrendarte, redimida sierva,
¡madre gloriosa, de mis hijos Patria!

Los *ojinegros ángeles* del Funza
tienen poetas de divinas arpas:
pasó mi juventud con mis cantares,
la muda noche de lo eterno avanza.

Al hosco morador de los desiertos
no le pidas aún trovas galanas:
del *dinde* que sacuden aquilones
ruedan las mustias flores en la pampa.

1890.



EN LA TORTURA

(Fragmento inédito públicado en «El Vigía» del 22 de abril de 1898).

Desde las selvas del feroz chimila
memora las hazañas de Sorlí,
hasta la ingente sierra diamantina
que hunde su planta en mares de zafir,
—sublime alcázar y gloriosa tumba
del tairona infeliz—
en los antros del monte y sus penumbras
mansos jaguares tras mis huellas ví:
¿aman del hombre osado la bravura?
el humano jaguar es fiero y vil.
A las pampas Goajiras, que defienden
sus guerreros centauros, cubre ya
la sombra de la noche, y resplandece
en los escollos rebramando el mar:

se oyen cantares, gritos de jinetes
que galopando en la llanura van;
y en torno de fogatas do desprende
revoladoras chispas el terral,
miro gentiles, púdicas mujeres,
niños gozosos... el contento y paz:
De aquellos hombres, la venganza es rayo,
    exterminio el rencor,
y con ibera sangre han salpicado
sus rojas dunas que calcina el sol.
En el viajero el vate adivinaron,
y caricias y hogar doquiera halló:
hoy mis nombres recuerdan en sus cantos,
de las agrestes músicas al son,
y en toda nave al extranjero amado
aún espera Yajaira el trovador.

. . . .

De luz, de amor y de creaciones llena
el alma... ¿Y extinguida en su cenit?
del rudo batallar por la existencia
de los amantes hijos. ¿Esto el fin?
y me asesinas tú!... la muerte fiera
no quiso el pecho del soldado herir...
e hilabas en estrados de las hembras,
meticuloso y en mudez servil,

cuando tribunos y héroes, las banderas
de los libres alzaban en la lid.
¡En la tortura Job, y el cielo mudo!
¡Victorioso Satán!... ¡Vencido el bien!
¡Quimera la virtud!... ¡Hiere, verdugo!
Pero hay un Dios que tu delito vé:
no burlarás el anatema suyo:
¡escóndete de El!
en el bosque recóndito y salvaje
puede al león, la víbora morder,
mas la cabeza del reptil cobarde
quebrantada está ya bajo sus pies.



LA TUMBA DEL BELISARIO (1)

Y dejamos su tumba para siempre
en el jaral de la marina selva,
sola con los mujidos de los vientos
y el fragor de la mar en la ribera!
Aquel postrer adiós que no responden
los mudos labios ni las manos yertas,
ahogó mis sollozos... y la fosa
lentamente colmó la extraña tierra.
Después, envueltos en nocturnas sombras,
infló el terral las temblorosas velas,
y al fulgor de los pálidos relámpagos
hicimos rumbo hacia la mar inmensa.
¡Cómo responden al gemir del alma

(1) Fiel y denodado asistente del autor durante las exploraciones que en 1886 y 1887 hizo en los desiertos de la costa Atlántida.

ecos y gritos de las olas negras
que al viento arrojan sus penachos níveos
y en las *rompientes iracundas* truenan!
Cuán distantes las cumbres de los montes
en los albores de la luna llena...
Qué lejano el desierto pavoroso
donde su tumba solitaria queda!
Compañero leal, valiente amigo!...
¿Qué dar en galardón y recompensa
de tu heróico y terrible sacrificio
a los seres amados que te esperan?
Ahora ostentará plácida noche
en las verdes llanuras de Combeima
la veste salpicada de vampiros,
su nimbo azul de fúlgidas estrellas.
Las brisas jugaran en los follajes
que tu cabaña en el otero cercan:
Allí del hijo amado hablan gozosos...
Son sus pasos... Es él, que salvo llega!...
Y duermes ya en la tumba que te dimos
en el jaral de la marina selva,
sólo con los mujidos de los vientos
y el retumbo del mar en la ribera!



LA TIERRA DE CORDOBA

(Publicada en «El Autonomista» del 10 de septiembre de 1899).

I

¿De qué raza desciendes, pueblo altivo,
titán laborador.
Rey de las selvas vírgenes y de los montes níveos
que tornas en vergeles imperios del cóndor?
¿De qué nación heróica tu grandeza
en la sublime lid
que arrebató a verdugos la colombiana tierra?
¡Legión fueron tus gracos, fué Córdoba tu Cid!
Estirpe tú del héroe de Ayacucho,
digna estirpe de él
has hecho de tus montes su templo y su sepulcro,
al númen de tus glorias y a tus banderas fiel.

Su sangre, que vertieron asesinos...
Soberano te ungió,
y óleo de libres llevan los hijos de tus hijos.
¡Morir puedes luchando; vivir esclavo, no!

II

Al golpe de tus cíclopes retiemblan
montañas do la red
está de las profundas y codiciadas venas
que hacen argento y oro, ya en luz, resplandecer.
Las tumbas del Quimbaya y del Catío
sus riquezas te dan;
tesoros de los dioses y de monarcas indios,
que descubrir no pudo el vándalo rapaz.
A tu querer y voz su curso sesgan
el Porce y el Nechí.
Y en sus playados lechos recogen y te ofrendan
oro que paga Europa como el bello de Ophir.
Y tus colonos van de cumbre en cumbre
al Septentrión y al Sur
segando vastas selvas bajo dosel de nubes:
vigor es su derecho, y su arma la segur.

Desde Anaime y Nabarco hasta las fuentes
hoscas del Guarinó,
los Andes son el huerto feraz de tu simiente,
vertíbulo de Arcadias que tu poder creó
en él ostentan diamantinos dombos
el Tolima y el Ruíz.
Gigantes ya vencidos que moles de sus hornos
lanzaron hasta el cielo, sublimes al morir.
Como vierten raudales sus neveras,
que fecundando van
los valles que tú alfombras y pampas que el Sol quema,
tu savia rica y noble al patrio suelo das.

III

En lo selvoso de azuladas cimas
el chocillo se vé,
donde al teñir la noche lejano fuego brilla...
Así nació Salento y Manizales fué
carbonizada la derriba humea
donde incendio voraz
tendió luctuoso manto en vez de las florestas
y retostó los bosques del alto valladar.

Volando en las negruras de la noche,
la *mota* deja oir (1)
sus tristes alaridos, y en los tumbados robles
serpientes alza el viento de llama y de rubí.
En torno de su hoguera chispeadora
descansan a placer
los Hércules, oyendo burlones las historias
que cuenta de mohanes un viejo montañés;
o en el marino estruendo de las selvas
que el austro remeció,
el ronco grito escuchan del oso de las sierras,
en los ignotos valles y cumbres rey feroz.
Difúndense las sombras y el silencio...
Y solo el retumbar
repiten de tormentas lejísimos los ecos,
en antros y espesuras donde a dormirse van.

IV

Pronto las mieses ondulantes bordan
las vegas, al amor
de la cabaña linda que niños alborozan

(1) Buho grande que habita en los peñascos y espesuras de las selvas andinas. Parece que ese mismo nombre le dan los montañeses de Antioquía.

a orillas del torrente de plácido rumor.
Entonces la oropéndola salvaje
y el tordo negriazul
anidan con sus tribus en palmas y boscajes
y anuncian las auroras de sonrosada luz.
Al viento de su prole zumbadora
la colmena montés,
y en el hogar piando su nuevo nido forma
la golondrina errante, del hombre amiga fiel.
Ubres turgentes la vacada brinda
rumiando en el gramal,
y cantos de doncellas y sus alegres risas
se oyen en las frondas lozanas del maizal.
Hay en sus voces trinos de turpiales,
dulces mimos de amor,
arrullos de palomas, caricias maternales...
Susurros de sauceras do el viento revoló.
¡Bellas y pudibundas como fueron
las hijas de Jessé!
En árabe tocado rebosan los cabellos,
refulgen en sus ojos las noches de *Keden.* (2)

---

(2) KEDEN. En hebreo significa Oriente. «En el idioma de la escritura se usa muy a menudo por los países que los judíos miraban hacia el Oriente, como la Arabia, la Persia, la Caldea, etc.» Véanse no-

Efluvio exhalan de la selva virgen,
y en el talle gentil,
pudor encantos vela de Ruth casta y humilde
son un bendito gérmen vedado al vicio vil!

V

¿De qué raza desciendes, pueblo altivo,
titán laborador,
que le abres amoroso tu hogar al peregrino
y tienes para humildes virtudes galardón?
Ellas dicha y encanto a los hogares
de tus labriegos dan;
alejan de las mieses furor de tempestades,
el nimbo son de vírgenes, de los ancianos paz.
Y lujo en la mansión del poderoso
que premiado se vé,
aumentan su rebaños, agrandan su tesoro,
abierto a desvalidos que sufren hambre y sed.
Como la vid del *Maipo* que sarmientos
extiende a su redor,
y cuelga de los álamos y verdes limoneros

---

tas generales en forma de diccionario, agregadas por el señor obispo Torres Amat a su traducción de la Biblia. (París, 1852).

racimos que le dora y le perfuma el sol.
Así tus gentes en futuros días
ciudades poblaran
al pie del *Shtnundua* y del nebuloso Huila
sobre los montes de oro de Atrato y Urabá.
La Iberia en sus conquistas no creaba
pueblos de tu poder:
vivieron en espanto, de hinojos... turba esclava
los que diezmó, ya indómitos, Fernando el Tigre Rey.
Del hierro, de la mita y los tributos
eran sobra ruín:
si en la libertad olvidan sus glorias e infortunios,
merecen en lacérica y en la opresión morir.
¿España qué les dió del Nazareno?
¿La ley de paz y amor?
Dejó de cien naciones los insepultos huesos,
cabezas de Atahualpa, del Zipa y Guatimoc.
No bastaba la cólera divina
a herir y exterminar
Pizarros y Quesadas, Añascos y Valdivias
que renacieron Zámanos, Morillos y Tolrá.
¡Y viven!... En centurias engendrados
de tinieblas y horror...
La ciega prole fueron de monstruos semihumanos

caínes a quien piélago de sangre no sació. (5)
Has repudiado la ominosa herencia
del íbero cruel:
ni tu labor es suya, ni suya la belleza
que gala es de tus hijas y orgullo de Israel.
No hay en tí lepra de la estirpe goda
que al vencer a Boabdil,
lanzó de sus dominios la raza poderosa
que a España hizo el emporio del mundo y su pensil.
Hoy purga la incensata su delito
de implacable crueldad,
y tú, fecundo enjambre del pueblo perseguido
a Girardot tuviste y a Córdoba inmortal. (6)

---

(5) ¡Cuba gloriosa!... ¡Torturada sierva!
El áspero dogal
ahoga en su garganta la dolorida queja:
¿no tienen ya los cielos ni rayos ni piedad?

(6) Al retocar las estrofas marcadas en el número VI, recordábamos, admirándola siempre, la elocuente interrogación que va en seguida. Es de don Gaspar Núñez de Arce, el más grande poeta que ha tenido España en la segunda mitad de este siglo (habla en 1899). La última Lamentación de Lord Byron, notas (Madrid, 1899).

El señor Núñez de Arce, justiciero como Quintana, habrá condenado los innumerables crímenes de codicia y crueldad que Fray Bartolomé de las Casas, defensor misericordioso de naciones mártires, denunció a los reyes españoles y al mundo, y tenemos la

VII

De las vegas umbrosas del Tonusco
a las ricas de Otun,
se tornan en ciudades tus pintorescos burgos;
y en níveas torres símbolo de amor es ya la cruz.
En las altas colinas y ribazos
los cortijos se ven,
cual las juvencas albas que dejan el rebaño
y van en las herbosas praderas a pacer.
Respiro de sus huertos la fragancia
y figúrome oir
las fuentes retozonas que los collados bajan
¡canciones que de labios tan dulces aprendí!...
En esos campos la divina Ceres
a sus pechos crió
tus bardos y guerreros, tus Numas y Cleomenes,

---

certidumbre de que reprueba y abomina, lo mismo que muchos buenos hijos de España, aquellas otras iniquidades a que aludimos en el canto que motiva estas anotaciones.

Copiamos sus palabras:

¿Por qué la poesía que tantas veces ha manchado sus alas en el fango de la adulación, no ha de ser también, como la historia, azote de los opresores y vengadora de los oprimidos?

extraños a molicies del ocio corruptor.
Eran así los siervos y señores
hermanos al nacer
y en Palacé afilaron las garras de leones.
Los igualó la gloria primero que la Ley.
Antakieh! *Antakieh*, redentora Edissa! (7)
De sierva, como Agar,
se hizo libre y madre de prole bendecida:
el cedro fué bellota, y el árbol selva es ya.
En cada piedra de tus fuertes muros
que el tiempo enmoheció,
resuena todavía la voz de sus tribunos,
el himno de victoria de pueblo triunfador.
Sobre el Cauca estruendoso el alma otea...,
limpio el cielo turquí.

---

(7) ANTAKIEH. Nombre posteriormente dada a la primera Antioquía, ciudad de la Siria. En ella empezaron a llamarse cristianos los discípulos de Jesucrito, y alcanzó a ser rival de Roma en población pues tuvo en los días de su grandeza 700.000 habitantes. En memoria de aquélla fundó Jorge Robledo, a fines de 1541, la ciudad de que han tomado su nombre el pueblo y rico territorio de Antioquía.
EDISSA. Era llamada así Esther en su infancia, o antes de que la bella hija de la tribu de Benjamín hubiese ganado por su ingenio y gracias irresistibles, la corona de reina y el poder necesario para ser la redentora de su nación cautiva. Véase libro de Esther, capítulo II, versículo 7.

los montes en lo hondo, tapiz las agrias selvas,
Cariguañá desiertos inunda en el confín. (8)
El nido allí de flores y de huríes!
A luchar y vencer
sus hijos aprendieron en las gloriosas lides,
y guardan hoy de Córdoba la tumba y el laurel.
A los dones de ufano despotismo
la muerte prefirió
la tumba de los libres, de los jamás vencidos...
¡El vive en nuestras almas, eterno vencedor!
Cuando a la patria la traición deshonra,
y noche y tempestad
el sacro monte anublan... se ha visto airada sombra...
Y espectros de sus huestes en las tinieblas hay.

VIII

En el lujoso valle do serpean
corrientes de zafir,
al sol que la enamora detiene y embelesa,

---

(8) CARIGUANA. Nombre primitivo o indígena del río Magdalena. Ese la dan aún los salvajes chimilas, restos de la temida y batalladora tribu que dominó en Ciénega Grande y en las riberas occidentales del río, desde su desembocadura hasta donde recibe las aguas del César.

cristiana *Sunamita*, la hermosa Medellín. (9)
Jazmines y floridos naranjales
sus perfumes le da,
y arroyos de los montes descienden a brindarle
en baños de odalisca, sus ondas de cristal.
¡Cómo la miro en estrelladas noches
en mis sueños aún!
Formándole cojines se agrupan los alcores,
la cubren las montañas con su azulino tul.
Hila risueña en césped galano
al despuntar el sol:
riqueza son y orgullo corona de sus manos;
de *Ahoilibah* las infamias y vicios execró. (10)
Hoy juzga... como *Debora* en la sombra
del añoso palmar;
y ella que a los númenes dictó la patria historia,
en el Thabor sentencia con fuego escribirá.

---

(9) SUNAMITA. Abisag, la virgen de Sunam, escogida entre las más hermosas de la nación israelita a fin de que prolongara con sus mimos y cuidados los últimos días del rey David, ya decrépito y casi moribundo. Fué, sin duda, Abisag aquella seductiba mujer nuvil apenas, muy amada de Salomón, y que él cantó en su adolescencia o juventud. Libro tercero de Los Reyes, capítulo IX, versículos 1 a 4, capítulo II, versículos 13 a 24; Libro del Cantar de los Cantares, capítulo VI, versículo 12, y nota 1.ª. (Traducción ya citada del señor obispo Torres Amat).

(10) AHOLIBAH. Profecía de Ezechiel. Cap. XXIII. (Traducción de Cipriano de Valera. Nueva York, 1874).

LA MUERTE DEL SARGENTO

Dedicada al señor J. M. Vergara Vergara

«¡Huyeron! ¡Victoria! ¡Jinetes, a ellos!
Cruzad la llanura, que falta ya el sol.
¡Volad! Quien al jefe me dé prisionero
la espada que empuño tendrá en galardón».

Partieron veloces. El llano retumba...
Ya se oye lejana la voz del clarín.
Resisten... Combaten... Las armas relumbran,
la nube de polvo los vuelve a cubrir.

Las sombras velaron la pampa sangrienta;
alumbra indecisa la luz del vivac;
repiten las guardias el grito de «¡alerta!»
¿Mi nombre? Fué el viento... ¡mi nombre! Quién vá.

«¡Venid compasivo, mi jefe! ¡Al sargento
muriendo en la vega por fin encontré;
venid, venid pronto, que os llama!» Era el ruego
que, ahogada en sollozos, me hacía una mujer.

—Sargento ¿qué quieres?—Morir más tranquilo,
ya véis: no hay remedio, me llama ya Dios.
Tan bella mi esposa... ¡Mirad nuestro hijo!
Yo voy a dejarlos: cuidad de los dos.

—Y está el niño helado. ¿Tu patria, sargento?
—¿Mi patria?... ¡mi patria jamás la veré!
¡Ay! nunca faltónos el pan en su suelo.
¡Morir de la patria distante es cruel!

¡Llegad, abrigadme! mi cuerpo está helado.
Repíteme, esposa, tu santa oración...
—Sus manos colvulsas estrechan mis manos.
Su vista está inmóvil... ¡No alienta!... ¡Expiró!

Tracé con mi espada su huesa en el césped,
de ramas de sauce forméla una cruz;
la hoguera prestóme su lumbre de muerte,
guardando entre brasas la llama ya azul.

La luna al alzarse, del bravo guerrero
tendido en la huesa la frente bañó.
Después... a la viuda faltóle el aliento
y a su hijo en mis brazos volvíle el calor.



La mañana del abuelo

Feliz quien ve las horas
de su vejez tranquila
pasar acariciando
su prole bendecida;
quien al campo nativo
do el lento buey aún guía,
pide a un césped tan sólo
¡que cubra sus cenizas!
Cuando el sol en oriente
las cumbres cristalinas
de las montañas dora
y argenta la campiña,
el venerable anciano
de la heredad vecina
con trabajo recorre
las alfombradas ribas.

Sentado sobre el tronco
do su cansancio alivia,
algún recuerdo grato
parece que acaricia.
Gozosa le acompaña
su nieta preferida,
llenando sus vestidos
de azules batatillas (1).
—¡Ay! ¡mira, papá, cuántas!
¡Azules todas, mira!
Para mamá las tuyas,
para el altar las mías.
—¿Y tú rezaste anoche?
—Si me quedé dormida
oyendo un cuento... Dime,
¿se vé el mar de allá arriba?
—Detrás de aquellas sierras
el mar está, hija mía.
—Eso es: allí es que se hallan
aquellas cosas lindas.
—¿Qué cosas?—Pues corales
y perlas igualitas
como esas de que tiene
mamá una gargantilla.

(1) NOTAS, página 215.

—¿Te gustan los corales?
—El cuento es que una niña
que se llamaba... ¿Cómo?
Dí tú que se me olvida.
—¿Qué cuidaba los pobres?
—Esa es, sí, sí: la misma,
en su palacio de oro
del mar en las orillas.

El venturoso abuelo
estudia con delicia
los sueños infantiles
de la preciosa niña.
Allí también pasaron
de su niñez los días
y pasan los postreros
de su vejez tranquila.

1860.



Los ojos pardos

Hay recuerdos que nunca,
pierden su encanto,
aunque el lloro los borre
de tristes años.
Así acaricia
de mi infancia las horas
el alma mía.

No se olvidan los bosques
del patrio suelo,
las aguas del torrente
de nuestros juegos,
ni el dulce canto
de una madre al dormirnos
en su regazo.

Yo no olvido que entonces
los ojos míos
encontraban los suyos
humedecidos,
siempre tan bellos
como el pálido ocaso
de un sol de enero.

Elisa con sus ojos
de azul tranquilo
de lago que refleja
cielos de estío
en *días de fiesta,*
me causaba en el alma
casi tristeza.

Mercedes era linda
como esas flores
que en el Cauca se mecen
bajo los bosques:
sus ojos negros
eran grandes y hermosos,
pero severos.

Hay ojos que llorando
valen un trono,

llorando y suplicantes
me gustan todos;
pero el encanto
no he encontrado en ningunos
que hay en los pardos.

Es quizá porque siento
que aquella Amalia,
tan noble, tan sensible,
tan admirada,
¡ay! siempre ha sido
por sus ojos el faro
de mi destino.

Mi corazón de niño
la amó en un tiempo,
y en sus ojos la gloria
sin comprenderlo.
Después mi mente
inspiraciones bellas
despide siempre.

¿Quién no ha oído el susurro
de un *sí* en los labios
de la virgen que esquiva
sus ojos bajos,

cuando los baña
ese lloro elocuente
que brota el alma?

Me enamoró Felisa
con sus encantos,
y me enamoran siempre
sus ojos pardos;
mis dulces sueños
lo son porque dormidos
me miran ellos.

1860.



La vuelta de la paloma

Paloma que dí a la aldeana
que se goza en mi martirio,
pronto vuelves a posarte
sobre mi techo pajizo.

Triste vuelves, que tu arrullo
de dolor es claro indicio.
Ven y llora junto a mí,
que así lloraré contigo.

Ven y cuéntame tus penas
y causa de su desvío;
ven y pósate en mis hombros,
que aun desdeñada te envidio.

El perfume de tus manos
traerá tu plumaje lindo,

o bajo el ala de nieve
de sus cabellos un rizo.

¿Te ha guardado en su regazo
de los rigores del frío?
¿Sobre su seno turgente
insensible habrás dormido?

Tú sabes cuán deliciosos
son sus labios purpurinos,
porque acaso muchas veces
aprisionaron tu pico.

Paloma, vuélvete a ir
a contarle cómo vivo
en las ásperas montañas
por su sombra perseguido;

que he formado para ella
de *bellisímas* y mirtos
una gruta en que las flores
que mas le agradan cultivo;

que aquí el bosque es silencioso,
puro el cielo, manso el río,
embriagadoras las auras
y los lagos cristalinos;

que cuando la luna baña
los follajes movedizos,
oigo su voz en el viento
y en las sombras su suspiro.

¡Ay! si tardas, cuando vuelvas
harás de tu amor el nido
en el soto de cipreses
do cavo el sepulcro mío.

Pero antes deja a mi boca
besar tu rosado pico,
y haz que pronto ella lo oprima
con sus labios purpurinos.

1861.



SONETO

A mi patria

Dos leones del desierto en las arenas,
de poderosos celos impelidos,
luchan lanzando de dolor bramidos
y roja espuma de sus fauces llenas.

Rizan, al estrecharse, las melenas,
y tras nube de polvo confundidos,
vellones dejan, al rodar, caídos,
tintos en sangre de sus rotas venas.

La noche allí los cubrirá lidiando...
Rugen aún... Cadáveres la aurora
solo hallará sobre la pampa fría.

Delirante, sin fruto batallando,
el pueblo dividido se devora;
¡y son leones tus bandos, patria mía!



NIMA

Mora en las grutas
que forma el Nima (1)
bajo las lianas
de sus orillas,
sobre los musgos
adormecida,
tan voluptuosa,
tan bella ondina
como los sueños
del alma mía.

Cuando en sus bosques,
siendo yo niño,
de las palomas
expiaba el nido,
hallé sus huellas,
su aroma rico;

(1) NOTAS, página 216.

por ella el viento
bordaba el río
con flores rojas
de los *cachimbos.* (1)

Sus limpias aguas
no hiende el cisne,
ni han reflejado
luz de jardines
de mármol y oro
que Europa viste;
pero en el valle
do rueda humilde
es grande todo,
todo, hasta el crimen.

En los veranos
¡cuán dulces horas
pasé en sus bosques
bajo la sombra,
viendo perderse
las tersas ondas,
de los guaduales
las verdes copas

(1) NOTAS, página 216.

meciendo raudas
o perezosas!
La leve garza
de blancas plumas
al monte viene
de la llanura;
asustadizas
la selva oscura
en donde tristes
quejas modulan
dejan, y al río
van las *cuncunas*. (1)

En los ramajes
medio velada
murmura a veces
la guacamaya,
y los rumores
de hojas y aguas
la voz domina
de la chicharra
que al sol estivo
gozosa canta.

(1) NOTAS, página 217.

Cuando en la tarde
los arreboles
el valle tiñen
con luz de bronce,
y silenciosa
viene la noche;
crugen asidos
los altos robles
y mil perfumes
exhala el bosque.

He visto entonces
la ondina bella
bordar sus bucles
en la ribera
con los cocuyos
que errantes vuelan
gasas de espumas
por manto lleva
que temblorosas
las flores besan.

Gratas memorias
de dulces tiempos
en vano sigue

mi pensamiento
perdido ha mi alma
su humor risueño,
¡ay! y mis ojos
está sin lumbre
el patrio suelo;
mi hogar desierto.

1860.



ELENA

En las colinas verdes
del comarcano río
pasaba con Elena
Jamás tan complaciente
brindó a los labios míos
de mi emoción gozosa
sus labios purpurinos.
Siguióme hasta la vega
donde el raudal tranquila
de las moreras moja
los maduros racimos;
huía de mí riendo
de mi amoroso ahinco
alrededor del soto
de naranjos y limos;
mas su pie breve y ágil

hirió tallo escondido
bajo la blanca alfombra
de azahares caídos.
La sonrosada planta
por fin mostrarme quiso,
mi cuello rodeando
su brazo alabastrino,
y el fuego de mis besos
la dió tan pronto alivio
que el lloro en sus mejillas
pasó como el rocío;
pero su brazo débil
quedó a mi cuello asido,
y buscando sus ojos
los encontré más lindos.

. . . .

Riberas solitarias
del comarcano río,
vosotras sois las mismas,
yo estoy envejecido.



ATILA

Carámbano gigante desprendido
de alpina cumbre por los aires zumba;
viejos peñascos al chocar derrumba
cada vez más veloz y engrandecido.

De voladoras ruinas precedido
dique no habrá do su furor sucumba,
hasta que hallando en el abismo tumba
lance al eco, de allí, ronco estampido.

Así sobre la Europa degradada
impulsó desde el Norte airado a un hombre
el soplo que a los pueblos aniquila.

La Historia lo recuerda horrorizada;
los siglos a los siglos dan su nombre;
fué el azote de Dios; llamóse Atila.



DE ANTIOQUIA A MEDELLIN

Al fin te diviso,
hermosa ciudad,
respiro tus aires
que vida me dan,
la vega contemplo
que moja al pasar
la onda revuelta
del manso Aburrá. (1)
Morir es dejarte,
no vuelvo a viajar.

Penoso recuerdo
me sigue tenaz.
¡Qué sol! ¡Qué camino!
¡Qué mula! ¡Qué afán!
¡Calor del infierno!

(1) NOTAS, página 217.

Me voy a asfixiar;
el brandi envenena
y el agua hace mal.
Me muero, me ahogo:
¡qué insano es viajar!

Jerónimo horrible
(te niego hasta el *san*),
tus llanos son crueles,
tu pueblo infernal.
De tí fatigado,
llegué a Sopetran,
al Cauca jadeante,
a Antioquia mortal:
¡y ví tantos... vaya!
¡qué malo es viajar!

Critiquen palurdos
la vida oriental:
me place tendido
sobre ancho sofá
dormir una siesta
después de fumar,
me placen las flores,
la mesa, la paz;
todo lo que brinda

voluptuosidad.
¿Con tales instintos
se puede viajar?

No dejes, bagaje,
tu suave compás,
galopa, galopa...
Llegamos a Aná.
Las cuestas cesaron,
cesó el pedregal.
¡Bendita alameda!
Juro por San Blas
que en mula y por lomas
no vuelvo a viajar.

1861.



SI VIENES A MI CAMPO

Si vienes a los campos
do venturoso vivo
burlando de los hombres
los feroces instintos,
tendrás en mi cabaña
el lecho más mullido
que formaré de pieles
tan blancas como armiños.
Te arrullarán las aguas
que en el jardín vecino
bajo tus rejas corren;
y cuando el sol estivo
argente los rosales
cargados de rocío,
aspirarás esencias
de rosas y tomillos,
perfumes que no tienes
en los salones ricos.

que en nuestra infancia oimos.
El anciano discreto
del cercano cortijo
Te mostraré mis aves,
sus primorosos nidos,
y en el corral do muje
mi ganado reunido,
te daré las espumas
que ordeñaré yo mismo.
Nos servirán la mesa
en la vega del río
que rueda sombreado,
luciente y cristalino.
Tomarás mis manjares
con campestre apetito;
te daré de naranja
aromático vino;
de *caimos* y madroños,
empezados racimos
te brindarán sus frutos
hasta el césped caídos.
Cuando venga la noche,
los cantos campesinos
oirás, y la *castruera* (1)

(1) NOTAS, página 218.

contará las campañas
que con Bolívar hizo;
y mientras va en derrota
completa el enemigo,
sobre lanudas pieles
te quedarás dormido.



EL CAUCA

Dedicada al señor J. M. Vergara Vergara

Rueda impasible, turbio, perezoso
el Cauca solitario, en su corriente
columpiando al pasar lánguidamente
el triste sauce y el guadual umbroso.

Hiende su lomo terso y anchuroso
la frágil balsa de industriosa gente,
o el hijo de sus bosques del Oriente,
rey sibarita del desierto hermoso.

Es imagen de un pueblo que su nombre
lleva orgulloso, de su gloria ufano,
que por el ocio el bienestar desdeña.

Tal la historia será siempre del hombre,
desconocer el bien: ¡pobre el caucano!
¡sobre lecho de flores duerme y sueña!



EL TURPIAL

De vuelta de Jamaica
trajo mi padre
un turpial de tan lindo
canto y plumaje,
que era la envidia
de todos los vecinos,
según decían.

Cuando el antiguo criado,
mi amigo Pedro,
siendo yo pequeñito
me alzaba a verlo,
me horrorizaba
ver sus ojos azules
y grifas alas.

Era viudo: en el buque
murió la hembra;

extrañaba sus bosques,
le dió tristeza.
Nuestros cuidados
fueron al compañero
pronto alegrando.

A vivir a la hacienda
fué mi familia
y su jaula fué adorno
de nuestra «Rita»;
sus dulces trinos
de los sotos llamaban
los pajarillos.

Cuando al sol en oriente
él saludaba,
sus voces en el lecho
me despertaban...
Infancia mía,
¿por qué tan pronto huyeron
tus bellos días?

El son de la campana
del reló en tanto,
y del turpial los trinos
sí, las contaron.

Mis dulces horas
el ave medir quiso;
el reló, todas

Del Funza en la ribera
moré cinco años,
al turpial de mis juegos
siempre extrañando;
volví a mi techo
y cantó, al saludarlo,
goozso y bello.

Mas ya no acariciaba
tanto su pico,
su plumaje oro y negro
no era tan lindo.
Yo fuí un ingrato:
otra voz y colores
busqué soñando.

Fastidiado solía
volver de caza,
palomas y conejos
ya no llevaba.
Iban los niños

sin fruto a recibirme
junto al camino.

Las noches eran largas
crueles los días,
y del turpial las plumas
cayendo se iban.
Silbidos tristes
en la tarde exhalaba
siempre al dormirse.

Volví a cuidarlo entonces,
¡me amaba siempre!
para mis besos tuvo
¡ayes de muerte!
Que yo le oía
como el adiós lejano
¡ay! de mi dicha.

Buscando solo un sueño
dejé la casa.
Al partir, silenciosa
sentí su jaula,
y ni un acento,
pudo dar a su amigo
de hermosos tiempos.

. . . .

Muchos años ausente
se me pasaron;
mis padres no habitaban
su bello campo;
su huerto y sotos
estaban sin guardianes
y en abandono.

Contemplé esos parajes
meditabundo,
que quizás por sus dueños
guardaban luto;
y el aposento
recorrí de mi madre
oscuro y yerto.

Mis espuelas formaban
sordo ruido
en aquel solitario
vasto recinto,
antes ruidoso,
do el ángel de la muerte
vagaba solo.

Las seis pausadamente
dió la campana

del reló: su sonido
vibra en el alma.
Del ave amiga
busqué la jaula en vano:
¡ya no existía!

En el jardín cubierto
de alta maleza,
la encontré enmohecida,
casi deshecha.
Besé las plumas
que guardaba el alambre...
¡memorias suyas!

Las horas la campana
daba entretanto;
mas del turpial los trinos
espero en vano.
Mis dulces horas
el ave medir quiso:
el reló, todas.

1860.



AMOR

Deja un instante que en tu seno ardiente
hallen mis besos el placer ansiado,
y escuche palpitar enamorado
tu joven corazón bajo mi frente;

sienta que se estremece dulcemente
tu talle por mi brazo circundado,
y que busca tu labio el labio amado,
mi nombre murmurando balbuciente.

Aduérmame tu voz languidecida,
sintiendo que tu mano perfumada
borra en mi frente del dolor el ceño.

Y viendo una vez más la luz querida
que puso el Hacedor en tu mirada,
cierre mis ojos de la muerte el sueño.



EL GORRION

Ven a mi estancia,
triste avecilla,
del hombre huésped,
de su hijo amiga.
Cerca a tu techo
moras en climas
do el sol las nieblas
tarde disipa.
Ven a mi estancia,
haz tus visitas,
que aquí no hay niños
que te persigan.
No tengo flores...
Mi mano cuida

menudos granos
para tu cría.
Vivo tan solo,
¡tan pobre! mira
la oscura alcoba
de mis vigilias;
el lecho humilde
do se reclina
mi sién, y olvido
tanta desdicha.
Sube a mi mesa,
curiosa trisca,
pica las plumas,
los libros mira...
¿Qué te sorprende?
Hojas escritas
ruido formaron
con tus alillas.
¡Ay! Esas flores
que agora picas
a nada huelen,
¡están sin vida!
¿No las conoces?
Están marchitas,

¡mas fueron bellas!
La esposa mía
del suelo patrio
cogiólas vivas;
de sus cabellos
adorno un día
fueron, y cuando
tiernas caricias
fué a prodigarme
tómelas. Brillan
algunas gotas
hora caídas
en sus corolas
¡antes tan lindas!
No te envenenes,
tente, no sigas...
Son hiel de mi alma,
¡lágrimas mías!
¿Partes? la noche
lenta y sombría
del monte baja;
¡vete, avecilla!
Si acaso truena,
si el viento silba
haz que yo escuche

tu cancioncilla.
Cuenta las horas,
mi dulce amiga,
que el desterrado
pasa en vigilia.

1860.



MAYO

De la niñez los días
tienen encantos
que nunca la memoria
rinde a los años:
viven conmigo,
mas risueños y puros
siempre, los míos.

Estanque solitario
de agua tranquila
que el roce de los vientos
teme y esquiva,
al sol adora
porque exhalan sus flores
por él aromas.

Entonces nos asusta
el viejo *coco*
que se lleva a su choza
los niños tontos.
¡Felices miedos
que calman de una madre
los dulces besos!

Cuando yo ya fuí hombre
de usar caballo,
varios tuve en mis cuadras,
pero de palo.
De arma ofensiva
me sirvieron a veces
en las guerrillas.

Bien hubiera podido
montar en mayo,
cachorro a todas luces
noble y honrado;
más cierto día
que le probaba un freno
tuvimos riña.

Se acabó, dije, y luego...
era mi amigo,

compañero de viajes
y de conflictos
muy mal pagados,
pues los hombres son hombres
desde muchachos.

Tuve lo que se llama
un buen maestro,
pero malos amigos,
pues tuve un perro;
con él al campo
me fuí cuando contaba
siete u ocho años.

Mayo era, según muchos,
un perdiguero,
pero nunca perdices
vió ni de lejos.
Gansos y pollos
atrapaba en el aire
que era un asombro.

Persiguió como un blanco
su propia raza,
y, como un aristócrata,

las negras caras.
¡Pobre mi perro!
¡De su renta hoy viviera!
Nació en mal tiempo.

En cambio fué el juguete
de mis caprichos;
llevaba mi maleta
cuando iba al río;
por bien o fuerza
nadaba tiritando
horas enteras.

Cedí al fin los caballos
de mi potrero,
porque me dieron uno
de carne y hueso,
que a pocas vueltas
medir logró conmigo
la dura tierra.

La equitación a pechos
tomé, y a Mayo
hice víctima dócil
de mi entusiasmo.

Quiso que un mico
cabalgara en el perro,
más él no quiso.

De mi furor salvóle
siempre María:
yo era tan malicioso
¡y ella tan linda!
Tal fué mi estrella,
buscar desde chicuelo
uvas y Evas.

Cuando en mil ochocientos
cuarenta y ocho
de la casa paterna
salí lloroso,
en mis mejillas
llevando de mi madre
lágrimas tibias;

Se abrazó de mis botas
el pobre Mayo,
y siguióme en silencio
hasta el collado.
Su triste aullido

se oyó cuando se ahogaba
el son del río.

Tras un lustro de ausencia
volví: ya viejo
y perezoso estaba
el noble perro.
¡Tan pocos días!
También eran ya esposas
Clara y María.

Tullido y sordo puso
el tiempo a Mayo,
más de llorar dejaba
viendo a sus amos,
y aún en sus ojos,
al verme, moribundo,
leíase el gozo.

Tropecéme una noche
con su cadáver
que lamer parecía
nuestros umbrales.
Su último aullido
de muerte no escucharon
ni sus amigos.

1860.

RIO MORO (1)

Dedicado al señor José Joaquin Ortiz

Tu incesante rumor vine escuchando
desde la cumbre de lejana sierra;
los ecos de los montes repetían
tu trueno en sus recónditas cavernas.
Juzgué por ellos tu raudal, fingíme
tras vaporoso velo tu belleza,
y ya sobre tu espuma suspendido,
gozo en ahogar mi voz en tu bramido.

¡Qué mísera ficción! Quizá en mis sueños
he recorrido tus hermosas playas,
en esas horas en que el cuerpo muere
y adora a Dios en su creación el alma:
que solo dejan en la mente débil

(1) NOTAS, página 219.

pálidas tintas y memorias vagas;
pero te encuentro grande y majestuoso
rey ponderado del desierto hermoso.

Bajo el techo de musgos y de *pancas*, (1)
abrigo del viajero solitario,
el rudo y fatigoso movimiento
de tus ondas veloces contemplando,
del fondo de las selvas me traían
las auras tus perfumes ignorados,
mezcla del azahar y del canelo,
gratos aromas de mi patrio suelo.

Entonces una lágrima rebelde
humedeció mi pálida mejilla,
dulce como esas que a los ojos piden
caros recuerdos de felices días;
elocuente, si hay lágrimas que encierren
la historia dolorosa de una vida;
aquí llevóla indiferente el río,
murió como las gotas de rocío.

Eres hermoso en tu furor: del monte
lanzado en tu carrera tortuosa,
vas sacudiendo la melena cana

(1) NOTAS, página 219.

que los peñascos de granito azota;
y detenido, de coraje tiemblas,
columpiando al pasar la selva añosa,
las nieblas del abismo son tu aliento
que en leves copos despedaza el viento.

¿De do vienes así desconocido
con tu lujo y misterios? ¿Gente indiana
hacia el Oriente tus orillas puebla
en verdes bosques y llanuras vastas,
cuyo límite azul borran las nubes
que en el confín del horizonte vagan?
Dime, ¿esas tribus que do naces moran
viven felices o miseria lloran?

Pienso que a orillas del raudal velado
por grupos de jazmines y palmeras,
púdica virgen de esmeraldas ciñe
su negra y abundante cabellera;
y acaso el homicidio sangre humana
a los cristales de tus linfas mezcla,
y al odio y al amor indiferente
confunde sus despojos tu corriente.

Vi al pescador de los lejanos valles
tus peñas escalando silencioso,

la guarida buscando de la nutria
y el pez luciente con escamas de oro;
contóme hazañas de su vida errante
sentado de mi hoguera sobre el tronco;
le ví dormir el sueño de la cuna
y envidié su inocencia y su fortuna.

La fúnebre *viragua* repetía (1)
sus trinos que saludan al invierno,
y luces de topacio y de diamante
te daba del relámpago el reflejo;
en las cavernas tu rumor ahogando
tristes gemidos modulaba el viento:
así admiré tu pompa y hermosura
entre las sombras de la noche oscura.

Viajero de regiones ignoradas,
¡ay! ni una sola de tus ondas crespas
a encontrar volveré, ni de mis pasos
en tus orillas durará la huella.
Más celosa que el tiempo que convierte
ricas ciudades en llanuras yermas,
guarda natura su secreto al hombre
y do escribirle osó, borra su nombre.

(1) NOTAS, página 220.

Como burbujas en tu manto llevas,
irán los soles sobre tí pasando,
y te hallarán los de futuros siglos
como hoy undoso, trasparente y raudo,
No existirá ni la ceniza entonces
de mí, que rey de la creación me llamo,
y si guarda mi nombre el mármol frío,
lo hollará con desdén el hombre impío.

Más felices, las flores de tu orilla,
nacen, al aire su perfume exhalan
marchitas ya, se mecen en la espuma,
y mil, más bellas, sus capullos rasgas;
más felices tus ondas, al océano
van a gemir en extranjeras playas;
y yo con mi ambición pobre y proscrito,
de mi raza infeliz purgo el delito.



LA MONTAÑERA

De Salamina
cabe a la cuesta
corre espumosa
la Frisolera.
De las cabañas
las humaredas
lánguidas flotan
sobre sus selvas.
Ví muchas tardes
en su ribera,
bajar por agua
una morena
de grandes ojos
y largas trenzas,
siempre llorosa...
¡Pobre Gabriela!

Cuando sentada
sobre la peña
el sol hundirse
ve trás la sierra,
por sus mejillas
lágrimas ruedan
y en sus sollozos
un nombre suena,
como un suspiro,
como una queja,
rasgan sus manos
las azucenas
que las corrientes
jugando llevas:
¡Tal fué su dicha!
¡Pobre Gabriela!

Feliz fué un tiempo.
¿Quién no lo fuera
siendo tan pura,
siendo tan bella?
Al pueblo iba
todas las fiestas;
flores hermosas
tuvo su huerta.

¡Ay! tuvo un novio,
que en vano espera
en sus sembrados
crece hoy maleza,
no adornan fusias
su cabellera,
y vive triste:
¡Pobre Gabriela!

Hace dos meses
que a la ribera
bajó una tarde,
sus pies ni huellas
dejaban leves
sobre la arena;
pálida estaba,
llorosa, inquieta...
Entre las manos
de Pablo tiemblan
las manos suyas;
él la contempla;
sus labios mudos
se unen y queman.

¡Ultimo beso!
¡Pobre Gabriela!

Desde ese día,
la montañera
llora sentada
sobre las peñas,
y en sus sollozos
un nombre suena
como un suspiro,
como una queja.
Ayer de tarde
la Frisolera
pasó un recluta
cantando *vueltas*. (1)
—¿Pablo? le dijo.
—¡Murió en la guerra!
¡Pobre muchacho!
¡Pobre Gabriela!

1860.



(1) NOTAS, página 220.

TERESA

«Bien hace el hombre en llorar
luego que viene a la tierra,
si supiera donde nace
nunca los ojos abriera».

No voy a tu granja ya
porque vives tan contenta,
y voy a turbar tu dicha
con mis suspiros, Teresa
iba, porque junto a tí
olvidado de mis penas,
olvidaba mi humildad,
y olvidabas tu riqueza,
gustábame verte huir
por la frondosa arboleda,
provocando mis caricias,
desdeñosa y halagüeña.

Vente conmigo a vivir
a las soledades nuestras.
¿Cómo triste viviría
viendo tus ojos de cerca,
pudiendo besar a solas
el ébano de tus trenzas?
¡Ah! muéstrame siempre así
como entonces, placentera,
entre bruñidos corales
tus dientes de enanas perlas.
Vuelve a esperarme en el río,
y dime esas cosas tiernas
que en secreto me decías
temblorosa de vergüenza,
y a cantar no volveré
por las noches en tu huerta:
«bien hace el hombre en llorar
luegó que viene a la tierra».

Cuando del colegio vino
de figurín a la aldea
ese sobrino del cura,
que ojalá nunca viniera,
en la granja recogida
estabas siempre y contenta;

pero después te gustaron
más que en antaño las fiestas.
Cubriste para mi mal
tus pies, que las azucenas
humillaban cuando sola
retozabas en las vegas;
en vez de rosas galanas
y perfumadas resedas
pones hoy en tus cabellos
flores falsas y extranjeras.
Yo pensé con azahares
tu frente ceñir, Teresa,
que aunque son menos valiosas
son las flores de mi tierra.
¿Serán mejores los chales
con que tu cintura velas
que el corpiño carmesí
bordado de lentejuelas,
con su falda vagarosa
que nieves y encajes muestra?
No tengo para que montes,
como tu novio, una yegua
blanca como las espumas,
como los vientos ligera;
pero tengo para tí

una cabaña en la sierra,
que formé cerca al raudal
do pasábamos las siestas.
Si en ella a habitar no vienes,
el fuego la hará pavesas
y siempre me oirás decir,
cantando al pie de tus rejas:
«Bien hace el hombre en llorar
luego que viene a la tierra».

Ya no va al puente tu perro
a avisarme que me esperas,
ni tu abuelo por las noches
nos cuenta cosas de guerras,
mientras tu mano en las mías
dejas estrechar risueña...
Ayer me oculté en el soto
de naranjos de tu huerta,
por mirarte así un momento
ya que ni verte me dejan.
—¿Por qué estabas pensativa?
¿Por qué las flores no riegas
y dejas que se marchiten?
Así no eras tú con ellas,
¡cuántas en mi corazón

crecieron con tus promesas!
Tantas, ¡ay! como murieron
con el desdén que me muestras
cuando el último arrebol
bañó con luz macilenta
los movedizos follajes
de las lejanas florestas,
vi dos lágrimas rodar
por tus mejillas, y eran
exprimidas de tu alma
por el amor que desdeñas.
Vi en tu ventana esa noche,
tras de las enredaderas,
a tu lado al colegial
que así mi dicha se lleva,
las manos besar que un tiempo
me abandonabas risueña.
Un juramento mis labios
pronunciaron que si oyeras,
más lágrimas derramaras
que las que mis ojos dejan
vertidas en el follaje
con que tus amores velas,
cuando me alejo cantando
la trova que te atormenta:

«Bien hace el hombre en llorar
luego que viene a la tierra».

Esto cuentan que decía
en su delirio a Teresa
un montañés que la amaba
y que fué criado con ella.
¡Pobre Pedro! En una noche
que bajaba de la sierra,
vió iluminada la granja
y oyó rumores de fiesta;
salvó torrentes y abismos
descendiendo hasta la vega,
gemidos y maldiciones
dejando a la noche negra.
Llegó a la granja. En un grupo
de curiosos, en la puerta,
tomó a un hombre por el brazo
diciéndole: ¿Qué es la fiesta?
—Es que el sobrino del Cura
se ha casado con Teresa.

No brillan así los ojos
del chacal en su caverna,
que sus entrañas heridas

siente por aguda flecha.
Como brillaron los ojos
del montañes. Una idea
atravesando su mente
fué al fondo de su conciencia,
cual relámpago que el cielo
cruza en noche de tormenta
para hundirse en lontananza
del farallón tras las crestas.

. . . .

Tres noches después, dos hombres
en la montuosa ribera
examinaban un cuerpo
cubierto por las arenas:
era un cadáver. Al rostro
le acercaron sus linternas,
y temblaron al mirar
al esposo de Teresa.

. . . .

Años después, recorriendo
la comarca pintoresca,
patria y sepulcro de un héroe,
terror de huestes iberas,
en un hospital modesto,
de la villa que fué aldea,

hallé un hombre encadenado
en una sala desierta.
en su rostro macilento,
sombreado por anchas cejas,
los estragos admiré
de aquellas fiebres intensas
que el corazón carbonizan
y las miradas revelan.
¡Desgraciado! murmuróme
solo un nombre: Pedro era
al salir, le oí cantar
aquella estrofa siniestra,
que escuchaban sus guardianes
sin comprender su elocuencia:
«Bien hace el hombre en llorar
luego que viene a la tierra.
Si supiera donde nace
nunca sus ojos abriera».

1860.



LA ORACION

Gratas memorias del hogar paterno,
que acaricia mi mente enamorada,
voluptuosas creaciones del proscrito,
¡fragantes con las flores de mi patria!
Venid conmigo a la colina triste
por arreboles pálidos bronceada,
y escucharéis el canto lastimero
que inspira la oración al extranjero.

Sentado allí, sobre la piedra grande
que va escalando la espinosa zarza,
sobre mis manos mi cabeza débil
melancólicamente reclinada,
miro la noche que de Oriente impulsa

sobre los cielos su luctuosa gasa,
y escucho del lejano campanario
el son, en mi paraje solitario.

Acentos quejumbrosos de la tarde,
suspiros que venís de la montaña
los balidos trayendo del rebaño,
con los cantares que el labriego ensaya;
rumor confuso de sonora fuente,
helado cierzo que silbando pasas...
Me alivia vuestra fúnebre armonía,
murmullos que al morir modula el día.

Oyeme, ¡oh Sol! tu lívida lumbrera
bañe desde las cumbres azuladas,
cual la antorcha de un féretro, los valles
donde las sombras de la noche vagan,
la espuma argente del lejano río,
del templo abandonado la cruz parda,
mientras llegando la tiniebla impura
te arroja su enlutada vestidura.

En vano busco los hermosos sitios
do las tardes pasaron de mi infancia,
donde a la luz del arrebol lujoso

las sencillas leyendas me contaran;
no escucho la castruera melodiosa
del labriego al volver a su cabaña,
el cuerno pastoril, ni los graznidos
de aves que buscan sus ocultos nidos.

Hora de arrobamiento doloroso,
indiferente al lloro que derrama
en silencio ante tí la desventura,
¡en él tu velo de crespón empapas!
Toma también el llanto de mis ojos,
y a saludarte volveré mañana,
sobre el negro peñón de la colina
o entre los cardos de la triste ruina.

1860.



FELISA

Ví tardes de verano,
tardes del Cauca,
voluptuosas, risueñas,
y engalanadas;
y muchos días
fueron menos hermosos
que mi Felisa.
Tú, noche, con turbante
de azul y estrellas,
bordando de cocuyos
su falda negra,
patria querida,
nunca tuvo el misterio
de mi Felisa.
Vi el disco de la luna
tras lindos sotos

de naranjos, palmeras
y pomarrosos:
su luz tranquila
no tienen los encantos
de mi Felisa.
Temblar vi en los estambres
de la auzcena
su cáliz perfumado,
gota de esencia:
como ella brillan
en mi hogar las virtudes
de mi Felisa.
Errante desterrado
del patrio suelo,
un rizo y unas flores
ajan mis besos.
Prendas unidas
como están en mi mente
patria y Felisa.
En las vegas que el Cali
raudo humedece,
nacieron estas flores;
son de *quereme.* (1)

---

(1) NOTAS, página 220.

Dichoso un día
las tomé de las trenzas
de mi Felisa.
El bucle de su pelo
rubio-paloma,
talismán de inocencia,
rizo de novia,
dulce y esquiva,
risueña y pudorosa,
dióme Felisa.
No habrá tal vez quien guarde,
si ausente muero,
estas hebras preciosas
de sus cabellos
a un ramo asidas,
sin color ni perfume...
¡Pobre Felisa!

1860.



La vuelta del recluta

La tarde se apaga, y abajo, la aldea
blanquear entre sauces y pinos se ve;
rebaños que bajan al valle vadean
el río que lame del monte los pies.

Los ecos repiten la voz quejumbrosa
que da el campanario, llamando a oración;
aquel caminante descúbrese y ora,
su frente en la mano que empuña el bordón.

¿Quién es? De su blusa los rojos girones
a un digno soldado disfrazan quizá:
es Pablo el recluta; partió bello y joven,
los soles han vuelto morena su faz.

Dos lágrimas tiernas sus flacas mejillas
mojaron, los campos natales al ver.
Su amor y una madre dejó a su partida:
ni madre ni amada le esperan tal vez.

Risueño y gozoso saluda encontrando
al joven amigo que nunca olvidó.
¡Ay! ¡Cómo los soles del Sur le cambiaron!
Tan solo responden: «Bendígate Dios»...

Teresa, la niña que tanto le amaba,
que en lágrimas tibias bañóle al partir,
hilando a la puerta de alegre cabaña
jugar a sus niños contempla feliz.

Detiene el viajero su paso y ahogan
profundos sollozos su trémula voz;
Teresa temblando, cree ver una sombra,
su tez ha perdido de rosa el color.

¡Fué solo un recuerdo!... Sus niños la abrazan
mirando al mendigo con miedo infantil,
dos lágrimas gruesas enjugan sus palmas
volviendo en silencio su marcha a seguir.

Sus ojos nublados la choza paterna
descubren. Es noche; responde a su voz
el viento que cruza la estancia desierta:
la muerte ha dos años su hogar apagó.

La luna al ponerse le vió solitario
subir la montaña camino del Sur.
En torno del fuego medrosos aldeanos
que vieron su sombra refieren aún.



MARTINA Y JACINTO

Estamos en julio,
y ayer fué domingo;
Martina más bella
que nunca fué al *sitio* (1)
después de la misa
volvió con su tío;
él dióla *candongas* (2)
con uvas de vidrio,
y una gargantilla
de granates finos.
Como en el mercado
le dijo Jacinto
que sin falta fuera
por la tarde al río;

---

(1) y (2) NOTAS, página 221.

como lo ama tanto,
como su marido
será en noche-buena,
según los vecinos,
y es mozo tan guapo,
y apenas cumplidos
los diez y ocho tiene
su fé de bautismo...
Martina temprano
se fué para el río,
ciñóse más alta
la falda en el cinto,
que así no la rompen
las zarzas y espinos,
al aire dejando
sus dos piececitos,
y aún más entre encajes
que blancos tobillos.
Tomó la *montera* (1)
que madre le hizo
de paño celeste
con grana por vivos;
llevóse tres *puchas* (2)

---

(1) y (2) NOTAS, página 221.

de arroz bien molido,
y el perro tras ella
salió dando brincos.
Gozosa bajaba
de Sirgua el camino
cantando las *vueltas*
que canta Jacinto;
prendió batatillas
de sus negros rizos;
cortó en las moreras
hermosos racimos,
y ansiosa de verlo
cuando eran las cinco,
lo esperó lavando
su arroz en el río.

. . . .

Bramaba el torrente
soberbio y crecido.
—¡Si viene, quién sabe!
Pero él me lo dijo...
No hay puente. ¿Qué haremos?
¡No pases, Jacinto!
Pero él a las aguas
lanzóse atrevido,
que viendo a Martina

no teme peligros.
Las olas lo azotan...
—¡No pases! ¡Dios mío!
No ahogaba sus voces
el ronco estampido
de bombas del agua
que rompe el granito.
El perro impaciente
sus tristes aullidos
en vano repite.
Rugiendo y henchido
de hirvientes espumas
derrámase el río.
Aún lucha el mancebo,
y débil, caído,
levanta su rostro
con sangre ya tinto.
De hinojos Martina
en él solo fijos
los ojos, oraba.
—¡Dios santo! ¡Dios mío!
¡Ya llega! ¡se salva!
—¡Mi amor! ¡mi Jacinto!
. . . .
Las aguas ahogaron

su adiós. Un gemido
Martina exhalando,
que humanos oídos
jamás escucharon,
lanzóse en el río;
llevó contra el seno
los restos queridos
buscando sus labios,
los labios ya fríos.
Por entre peñascos
Rodaron asidos...
Se vieron... Ya nada...
Un último grito...
El bulto lejano
se hundió en el abismo.

. . . .

El sol macilento
velaba su disco
de cumbres distantes
bronceando los picos.
Ni el ruido del viento
se oyó, ni un graznido;
no más que el estruendo
constante del río.
La noche turbando

con ronco alarido,
el perro a la casa
volvióse, del río;
la linda montera
con grana por vivos,
que a la bella niña
su madre le hizo,
llevaba en la boca;
su azul desteñido,
cubierta de espumas,
soltóla... y un grito
la madre exhalando,
¡cayó sin sentido!

1860.



El retrato de Felisa

Hermosa imagen de mi amada ausente,
pálida sombra detenida allí,
es ella, es ella, su mirar doliente,
sus formas de purísimo marfil.

Los mismos bucles que en dichoso instante
mi aliento caluroso conmovió;
el nido rojo de mi labio amante
esos sus labios de corales son.

¡Inmóvil siempre! Su cristal helado
en mi pecho jamás calentaré.
Memoria deliciosa del pasado
insensible a mi amor y a mi desdén.

No eres ella: tu faz humedecieron
de mis ojos doquier lágrimas mil,
sus manos perfumadas recogieron
las que a su lado por mi mal vertí;

ella reía voluptuosa y pura
provocando mi amor en nuestro hogar,
y tu ceño de incógnita amargura
ni el tiempo ni mis besos borrarán.

¡Ay! no eres tú la niña enamorada
que entre mis brazos se adurmió feliz,
de mi bosque nativo en la enramada
viendo las ondas del Amaime huir.

Tiembla una vez al roce de mi aliento,
sombra que avivas tan vehemente amor,
si encadenas a tí mi pensamiento,
si encadenas a tí mi inspiración.

¿No puedes recordar? En mi delirio
nuestros dulces amores te conté;
pero insensible siempre a mi martirio
pienso que niegas mi pasado bien.

¡Oh Selfia! ¡Nunca! en tu amoroso anhelo
tu pureza y beldad amas por mí:
campos nos brinda nuestro hermoso suelo,
horas de arrobamiento el porvenir.

Lentas como veloces las que huyeron;
como éstas de pesar, llenas de amor,
si el hogar do moramos destruyeron,
¡queda la soledad, nos queda Dios!

Formaré para tí linda cabaña
do nacen el naranjo y el jazmin,
donde baje, saltando, la montaña,
cascada hirviente de cristal sutil.

¿No cuida la paloma de su nido
velando el sueño de su dulce bien?
¿No viaja por buscar grano escogido
amorosa y feliz hoy como ayer?

Tiembla una vez al roce de mi aliento,
sombra que avivas tan vehemente amor,
si encadenas a tí mi pensamiento,
si encadenas a tí mi inspiración.

1861.



La aldeana infiel

A orillas del río
bajo el limonar
te viste, Dolores,
ayer con Pascual.
De tí los vecinos
por novio me dan
sin saber que solo
desdenes me das.
¿No me prometiste
que por Navidad
mi mujer serias?
Hoy dos meses van
pasados, del plazo
pedido, y jamás
te hablé, temeroso

de tu liviandad.
Y quise, engañado,
vivir y llorar;
que al fin hay consuelos
que alivian mi mal.
Oir de tus labios
que no me amas ya,
es cruel, no lo digas,
pero, ¡ay! ¡es verdad!
A orillas del río
bajo el limonar
te viste, Dolores,
ayer con Pascual.

A orillas del río
ayer tarde fuí,
el cura no ha dicho
que se peca en ir.
Es cierto, Camilo,
que te prometí
lo que me ha pasado
no sé cómo al fin.
Rubores me cuesta
y lágrimas mil,
que derramo a solas,

mi suerte infeliz.
El hijo del amo
prendóse de mí,
y hallé por desgracia
¡tan bello a don Luis!...
Su rostro moreno,
su talle gentil
no tienen los nobles
de nuestro país.
A orillas del río
ayer tarde fuí,
no a ver a quien dices:
a ver a don Luis.

—Ingrata y perjura,
¿no sabes, infiel,
qué dan esos nobles
por una mujer?
—Dinero tan solo,
por mi mal lo sé;
mi madre lo dice,
recuérdalo bien.
—Caricia y desprecios
te dará a la vez.
—Juró que me amaba;

lo dijo a mis pies.
—También tú juraste;
¡vengado seré!
¿No ves estas flores
que holló su corcel?
—¿Cómo ellas, marchita,
quisiérasme ver?
—Muy más que esas flores
quizá te veré:
esclava sin honra,
sufriendo desdén.
—¿Tan joven y amante?
—Más pérfido es...
—Te engañas, Camilo.
—¡Adiós! Sabe, infiel,
qué dan tus señores
por una mujer.

La cabaña de sus padres
Dolores abandonó,
Camilo se fué a la guerra:
se olvidaron de los dos.
¡Solo las madres no olvidan!
Medio loca de dolor
la de la aldeana, las noches

pasaba al pie de un torreón.
Allí pasaba las horas
que iba marcando el reloj;
sus gemidos no escucharon
y abandonada murió.

. . . .

Ocho años después, un día
Cuando iba a ponerse el sol,
un militar la llanura
cruzaba sobre un trotón.
Desde un zarzal del camino
llevóle el viento un clamor:
—«Una limosna a esta ciega
dejad por amor de Dios».
  Detúvose allí el viajero,
al escuchar esa voz...
Hay algunas cuyo acento
¡nunca olvida el corazón!

1860.



LOS LIRIOS

Dedicada a las señoritas I. y Z. H.

Hay lirios que enlazan sus tallos flexibles,
sus cálices juntos volviendo hacia el sol,
que lloran unidos y tiemblan sensibles
arqueados al soplo del rudo aquilón.

En tarde serena la linfa del lago
sus pies acaricia, llegando a morir;
unidos la besan, volviendo su halago
y alzando en sus senos espuma sutil.

La garza que viene del valle vecino
a espiar entre juncos la gruta del pez,
inmóvil, al fondo guardar cristalino
la sombra del grupo, detiénese a ver.

La luna ilumina distantes montañas
del lago sereno plateando el azul,
y el viento que vuela silbando en las cañas
quizá de la ondina remeda el laud.

Tal vez la paloma que vuelve viuda,
sin ruido en el bosque se siente posar,
y nadie a su arrullo responde, que muda
la selva a sus quejas de amor estará.

Felices los lirios que encuentra la aurora
¡sin vida en el césped que savia les dió!
Unidos crecieron, y a un tiempo desflora
sus cálices tristes, nocturno aquilón.

1864.



La visión del castillo (1)

Dedicado al señor José M.ª Samper

Vuelve a mi lado tan risueña y pura
como otras veces te miré o fingí,
como vagabas en la selva oscura
lujosa con las flores del pensil.

Ya no te puedo amar, pero la historia
de mil noches de amor te contaré,
en que amando tu ideal amé la gloria
y presentí en tus besos la mujer.

---

(1) Hacienda situada pintorescamente sobre la falda de la cordillera central, en el valle de Cauca.

¡Oh! muy más bella que el radiante cielo
que tiñe el arrebol en mi país,
más perfumada que su verde suelo
te tuve, te adoré, te comprendí.

Te hallaba retozando con las brumas
que iba en las cumbres deshaciendo el sol
o cubierta de cándidas espumas
dormida sobre el musgo del peñón.

De la cascada el iracundo acento
arrullándote, oí languidecer;
sus nubes de oro sujetaba el viento,
velando en el arcángel la mujer.

La noche con su falda vagarosa
y su turbante de argentado azul
no tuvo tu belleza misteriosa,
tus galas, tus perfumes, ni tu luz.

La luna iluminaba por instantes
el soto de naranjos del jardín,
y orlada de topacios y diamantes
en la alta noche te esperaba allí.

Sobre el gramal cubierto de azahares
en horas de impaciencia dormité,
y soñaba contigo cruzar mares,
ciudades y hombres de otro mundo ver.

Pasado el sueño te encontraba bella,
mi sién de tu regazo al levantar...
Tanto amor y misterio... ¡No eres ella!
Emanación de mi alma ¿dónde estás?

——

¡Oh! Basta de tinieblas y porvenir sin nombre,
¡si tantos han vencido luchando, lucharé!
Yo quiero que a los genios mi voluntad asombre,
dejar un sol por faro donde el escollo hallé.

Parásito ya seco de un tronco envejecido,
lanzado por los vientos a un piélago sin fin,
a sus melenas canas en la tormenta asido
quemándome sus rayos la tempestad seguí.

¡Oh diosa de mis sueños de juventud! en vano
ya exánime y sin rumbo de nuevo te invoqué,
y errante en las tinieblas, buscándote mi mano,
creí besar la tuya, y alzóme una mujer.

Tan bella, tan amante, brindóme su pureza;
dichoso fuí su esclavo, pagué su compasión;
la dí mi hogar por trono; por lujo mi pobreza;
¡calmó mi sed de Lázaro su inagotable amor!

¿Me olvidarás por siempre, visión de mis encantos,
celosa de mi dicha, de tan mundano bien?
¡Oh! ¡vuelve y dicta al vate los inmortales cantos!
Tus versos con mis lágrimas y sangre escribiré.

1860.



La tumba del soldado

El vencedor ejército la cumbre
salvó de la montaña,
y en el ya solitario campamento
que de vívida luz la tarde baña,
del negro terranova,
compañero jovial del regimiento
resuenan los aullidos
por los ecos del valle repetidos.
Llora sobre la tumba del soldado,
y bajo aquella cruz de tosco leño
lame el césped aún ensangrentado
y aguarda el fin de tan profundo sueño.
Meses después, los buitres de la sierra
rondaban todavía

el valle, campo de batalla un día.
Las cruces de las tumbas ya por tierra...
    ni un recuerdo ni un nombre...
¡Oh! no: sobre la tumba del soldado,
    del negro terranova
    cesaron los aullidos,
más del noble animal allí han quedado
los huesos sobre el césped esparcidos.



En la noche callada

(TRADUCIDO DE MOORE)

¡Ay! cuántas veces en las lentas horas
de la noche callada, antes que el sueño
venga a cerrar mis párpados, recorre
mi memoria tenaz los bellos días
de lloros y de risas infantiles
¡a qué siguieron tan hermosos años!

Sus palabras de amor entonces oigo,
sus votos de constancia... no cumplidos,
y vuelvo a ver la luz de esa mirada
que hundióse en el Ocaso de la vida
para ya no lucir... ¡ay! ¡para siempre!

¡Ay! cuántas veces los amigos caros
al corazón desde la infancia unidos,

que ya no existen... mi memoria evoca,
y hallo en torno de mí sólo sus tumbas,
a do bajaron, como al soplo frío
del invierno, las hojas macilentas...

Imagínome entonces que recorro
un salón de banquete ya desierto,
do algunas luces oscilando mueren...
Donde se ven aquí y allá dispersas
las guirnaldas marchitas... Lo han dejado
todos, excepto yo; y así en la vida
¡ay! ¡cuántas veces me contemplo solo!



SAULO

(FRAGMENTO)

*

Ya del muelle avestruz sobre lo blando
del lujoso plumón, salta ligera,
y cruza como a vuelo en su carrera
la riscosa y vastísima llanura,
descogidos al viento los cendales,
arreboles purpúreos y de ámbar,
tocado de la libre cabellera,
de los hombres y el cinto virginales.
Ya pensativa, en dejadez, ardiente,
con sigilo se asombra en la espesura
de lianas y cedros colosales.
¿Qué adivina?... ¿Qué sufre?... ¿Qué presiente?...
Del remanso en los límpidos cristales,

con ansia, sin testigo, sin zozobra
contempla su hermosura.
El manto de la noche, sus cabellos;
el lujo sideral de las de Oriente,
sus tinieblas, arcanos y destellos
sobre las aguas del Phisón tranquilas,
en las brunas pupilas:
como tintes del alba ruborosa...
Y el nácar y encarnado pudibundo
del caracol marino,
al rodarse la veste que desata
la mano temblorosa...
¡Qué deidad!... Del remanso en lo profundo
se estremece el trasunto peregrino.
¡Para qué fué creada tan hermosa!
Esos lánguidos ojos que la ofuscan...
Esos húmedos labios que sonríen...
La besan los plumajes de las cañas,
las ovas florecidas y espadañas:
picaflores en ella mieles buscan...
Y del peñasco enhiesto en los festones,
mirándola revuelan los alciones.
¿Qué susurros y olor en el ambiente?...
el bosque la respira...
Nimbo el rayo la da del sol poniente,

la soledad en éxtasis la mira.

. . . .

¿Qué alienta? ¿Qué adivina? ¿Qué presiente?
Hay gérmenes de Dios en sus entrañas.
Hay para siglos numen en su mente.
Hierve en sus venas sangre de legiones...
Es luz, amor, clemencia... gloria, gozo...
Hay en su seno savia de naciones:
Es lágrimas... ¡es madre, es alborozo!



CANTOS Y LAGRIMAS

(Del inglés)

¡Oh! dadme una glorieta perfumada y sombría
del río en la ribera, do escuche su rumor,
do ni un instante de la selva umbría
penetre las techumbres altísimas el sol.
Allí aquellas canciones que en nuestro hogar perdido
escuché tantas veces, con júbilo entonad,
y aunque miréis mi rostro humedecido
¡con lágrimas copiosas, de dicha son, cantad!
Ha tiempo que implacable nos separó la suerte,
que nos negó su sombra querida esa mansión;
nuestros amigos de placer, la muerte
llevóse; somos otros, la juventud pasó!

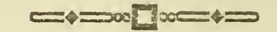
Corred, lágrimas dulces, entonces no lloradas!
¡Ay! ellos nuestros cantos a oír no volverán
como en aquellas noches argentadas...
¡no agotaréis mis lágrimas, de dicha son, cantad!



A orillas del torrente

Del raudal rumoroso en las riberas
Amirábamos del sol la última luz
en las copas jugar de las palmeras,
y abajo en lejanía,
con los oleajes de la mar bravía
en el confín del horizonte azul.
Pálida cual los nardos que en su frente
ajaba el frenesí de mi pasión,
arrojando el más bello a la corriente,
—«mira, me dijo, en vano
resistir quiero a tu poder ufano...
El raudal eres tú, yo soy la flor».
Césped de nardos su sepulcro alfombra

do en mis brazos durmió junto al raudal,
y las palmeras que voluble sombra
nos dieron en los días
de juventud y locas alegrías,
sombra al sepulcro solitario dan!



COLOMBIA

En las noches azules de verano
su airón de fuego el Puracé levanta
huella del arquitecto Soberano
huella, no más, de su divina planta.

Raudales y torrentes abrillanta,
dora los montes y en el verde llano
ni aún a la prole del turpial galano
el eco ronco de su trueno espanta.

De tu yelmo, Colombia, ante la lumbre,
luciérnaga es el fuego de ese monte,
lodo la nieve de su altiva cumbre;

el mundo de Colón es tu horizonte:
y mientras haya esclavos bajo el cielo
habrá libertadores en tu suelo.



LOS PARIAS

I

Desierto estaba el camino,
se iba ocultando ya el sol.
—«Dadle por la Virgen Santa
una limosna, señor,
a esta madre viuda enferma...
¡Mirad... !»
—«Perdone por Dios».
El rostro desencajado,
avergonzada ocultó
la infeliz, y lloro ardiente
a los labios sin color
rodaba de su hijo inmóvil,
yerto sobre el corazón.

III

Un desertor en campaña
que fusilado iba a ser,
así hablaba en la capilla,
a un veterano como él:

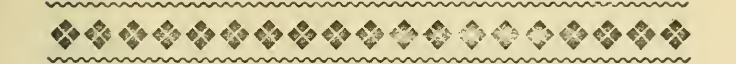
—«¿Diana tocan? centinela».
—«Tocan diana».—«Tiempo es
de que tomes estas cosas
que darás a mi mujer,
si vuelves a nuestra tierra,
y Dios te lo pague. Ten,
guarda la cruz que mi madre
puso en mi cuello la vez
que con ella comulgamos:
esta la sortija que
me dió de cariño en prenda,
cuando era mi novia, Inés.
Félix, cuida de la hermana,
cuéntale que por volver
a su lado... y a mi hijo
me lo harás hombre de bien...
Adiós!...»
y los dos valientes
lloraron. Horas después
al desertor sepultaban
dos hombres de su cuartel.

III

Desierto estaba el camino
y se ocultaba ya el sol,
cuando a lo lejos, muy lejos.

el bulto se divisó
de un viajero en la montaña.
Sólo del río el rumor
turbaba el hondo silencio
de la soledad. La voz
del viajero que venía
casi en el huerto se oyó,
do meses antes la viuda
mendigaba compasión:
«¡Inés!...» la casa sin humo.
«¡Inés!...» ¡Ay! la dulce voz
de su hermano, el licenciado
ya no escuchará! Pavor
daban las quejas del viento
en la triste ruina y dos
cruces de leño en la sombra
de los salvios divisó:
contemplándolas temblaba
y ahogándole su dolor
de hinojos cayó en el césped
sollozando una oración.





NOTAS

Uno de los editores de este libro se propuso aclarar con notas algunos nombres provinciales, porque una de las dotes de las poesías de Isaacs es que son nacionales, es decir, que copian fielmente la naturaleza y las costumbres del país, por lo cual ha introducido algunos vocablos que acaso no serán conocidos con la misma acepción en otros pueblos americanos. Las explicaciones serán sin términos técnicos de geografía o botánica, para no hacer cansada la lectura.

(De azules batatillas)

En nuestras hermosas y pintorescas *tierras calientes* abundan, espontáneas, libres y modestas, unas plantas trepadoras que no nacen sino donde hay frescura y arrimo: sus largos y multiplicados bejucos producen unas flores en figura de campanillas que llevan el nombre citado. Son azules al principio de su corta vida, y se van poniendo pálidas a medida que se acercan a su fin: las hay también carmesíes y tornasoladas. Aludiendo a su belleza escondida y poética

dijo Gutiérrez González, y las puso de moda con estos lindos versos que todos sabemos de memoria:

«¿Conoces tú la flor de batatilla,
la flor sencilla, la modesta flor?
Así es la dicha que mi labio nombra:
crece en la sombra
más se marchita con la luz del sol.»

(Es grande todo, todo hasta el crimen)

En el valle del Cauca, donde «es grande todo, todo, hasta el crimen», tierra de los grandes y hermosos ríos, apenas figura como potencia de tercer orden el pintoresco y apacible «Nima», que en cualquier suelo menos privilegiado sería mirado como una belleza digna de encomios. Nace en la cordillera central, corre hacia el occidente, entre Palmira y Buga, regando fértiles y verdes praderas, y cortejado por mil árboles galantes que lo «florean» al pasear, y por todas las aves de la zona tórrida que cantan en sus orillas. De poco caudal, pero de aguas cristalinas y rumorosas, no se atreve a entrar derecho en el Cauca, sino que se junta tímidamente con el Amaime; y perdido entre sus aguas, entra por fin en aquel caudaloso río.

(El cachimbo)

Entre las inmensas y variadas arboledas del valle del Cauca, el cachimbo es mirado como un árbol vulgar; y sin embargo ¡cuán hermoso es! La madera no es fina, ni su follaje produce frutos; pero es el árbol amado de las alegres y republicanas guacamayas, que hablan todos a un tiempo y no dicen nada. Las guacamayas consideran el cachimbo como su patria nativa, como su municipio, y tienen razón en amarlo. Posadas en los otros árboles de túpido ramaje, como el madroño, el caimo o el naranjo, no podrían ver ni ser vistas, lo que constituye la des-

esperación de las coquetas. Pero el «cachimbo» al florear (y siempre está florido) bota todas sus hojas y se cubre de flores rojas, entre las cuales se ponen las guacamayas a hablar horas enteras y a coquetear. El «cachimbo» es desconocido en la botánica, a Dios gracias, porque así se ha librado de que los botánicos, en su perro latín, le pongan alguno de esos nombres con que solo ellos saben despoetizar el lujoso reino vegetal. A buen seguro que si hubieran cogido el cachimbo por su cuenta, le hubieran puesto «cachymbus vulgaris», o «cachymbea oficinalis», o «chachymbolea duplex»; y de esas lindas flores rojas que están cayendo como lluvia incesante de las ramas, hubieran dicho que eran «lancifolias, trifolias», etc., etc.

(Las cuncunas)

Las cuncunas son unas palomitas tornasoladas, que andan en bandadas, tal vez será por familias, o por grupos de amigas de colegio, porque no se ve en ellas que los machos tengan modales libres con sus compañeras. Son tan pequeñas y tan delicadas, que aunque tienen sus alitas en buen estado de servicio, no alzan el vuelo, como las vírgenes de quince años que por timidez no salen solas ni se alejan mucho de su casa. Las cuncunas, por pudor o por vergüenza, no suben al aire libre, que es donde está el gran mundo de los pájaros. Ellas buscan la sombra, y en la sombra granitos perdidos. Su canto es de arrullo como el de toda la gran familia de las vergonzosas palomas; pero el de las cuncunas no es lastimero.

(El río Aburrá)

El río Aburrá (o sea Medellin) corre al sur de esta ciudad, y recibe entre otros pequeños tributarios, la quebrada de Medellin que atraviesa la ciudad. El Aburrá dió su nombre a Medellin en el primer período de su fundación; pero la ingrata ciudad no solo re-

pudió ese nombre sino que se lo quitó al río. El Aburrá es de poco caudal, pero tiene el suficiente para ser río.

(Rebozo)

El vestido de la «ñapanga» caucana (la ñapanga es la mujer del pueblo) es de lo más pintoresco y oriental que puede verse. Usa enaguas de muselina, que llaman «follao», un poco caídas hacia delante, formando abajo del pecho una media luna, que se llama «tumbadillo», por donde se alcance a ver las blanquísimas enaguas interiores. Hacia atrás se divisa el encaje de las enaguas blancas acariciando los pies, siempre limpios, de la ñapanga. La camisa, que deja descubierta la garganta y parte del pecho, lleva triple hilera de encajes escalonados para hacer más ópaco el velo que cubre la otra parte del pecho. En el cuello brilla una gargantilla y un rosario de oro, y en las orejas las «candongas», de oro también, que son unos aretes muy grandes. El pelo va alisado en dos bandas y termina en dos trenzas, cuyas puntas no van trenzadas sino peinadas simplemente: los brazos y los pies desnudos. Para salir a la calle, se echa encima el «rebozo», que es un pedazo de paño negro de vara y media de largo, tal como fué cortado de la pieza, y se pone un sombrerito fino de paja.

(Oirás y la castruera)

Quince o veinte tubos de «caña brava», o caña silvestre, cortados de mayor a menor desde ocho hasta dos pulgadas y un diámetro decreciente también, unidos con cera y con una cuerda y un palito que los mantiene fijos, forman la deliciosa castruera. El músico (y los hay admirables entre las selvas caucanas) la hace sonar pasándola rápidamente por la boca y soplando en cada uno de los cañutos, arreglados por las notas de la escala cromática y cada nota con uno o dos sostenidos. En la castruera tocan toda espe-

cie de música, y es el más dulce de los instrumentos eólicos, después de la melancólica, de la enloquecedora «marimba», que es una castruera de gigantescas proporciones, hecha no de caña brava sino de cañutos de guadua, suspendida de unos árboles, y a la cual se le saca sonido hiriendo el vacío de sus cañutos con un palo que lleva en la punta una media bola formada por una especie de corcho. Quien haya oído la «marimba», ese órgano de las selvas, una sola vez, entre las poderosas selvas de la costa del Pacífico, no podrá olvidarla nunca, ni a la raza negra que la toca, y que ha inventado esa sublime queja de su expatriación y esclavitud. En la interpretación musical del salmo «Bajo los sauces de Babilonia», que de seguro no conocen los negros tañedores.

Se sabe que las cañas fueron las que revelaron, asociadas al viento, la idea de la música al hombre, y que Jubal fué el primero que tocó castruera en el mundo.

(Río Moro)

Río Moro es un hermoso y caudaloso río, que se encuentra entre Sonson y Victoria, en el camino de Antioquia al Magdalena, en medio de la naturaleza más salvaje y pintoresca. Baja salvaje y airado de la cordillera central, buscando la boya del Magdalena.

(La panca)

La panca pertenece a la poética familia de los helechos y es... «arborescente»: vaya un nombre botánico, porque parece que no está en latín. La palma de la «panca» en la montaña de Antioquia y el «viao», de hojas larguísimas y anchas, en la montaña de Quindio, sirven para improvisar techos de cabañas en las dormidas o «contaderos», llamados así porque allí se cuentan los miembros de la caravana o los animales, a ver quien falta. Los contaderos son lla-

nitos que se encuentran a largos trechos, después de andar por entre angostos y sombrios callejones. Llega la caravana al «contadero», corta hojas de panca, arma un rancho, y hace un hogar con tanta comodidad como entre su propio casa.

(La viragua)

La «viragua» es de la familia de las palomas y las (torcaces», y produce un arrullo lastimero como ellas. Los zoólogos no la conocen aún, como no cónocen unas 2.000 especies de la zona tórrida. Al punto que la conozcan le pondrán nombre: tal vez «vhyragua avis», porque ellos meten «yy» griegas a troche y moche para conservar el secreto de sus misterios, y porque siempre advierten cuando es ave y cuando es cuadrúpedo. ¡Aguardemos su descripción para llenar el vacío que forzosamente tenemos que dejar aquí!

(Vueltas de bambuco)

Vueltas de bambuco, o sea trozos completos del aire nacional llamado bambuco. El bambuco es una inmensa aria, que tiene cincuenta aires diferentes, todos entrelazadas y armónicos. Cada trozo se llama vuelta de Antioquia, porque en los bailes del pueblo, las parejas, dando «vueltas», bailan durante un trozo: al acabarse éste, siguen otras.

(El quereme)

El «quereme» es un arbusto pequeño, que nace solamente en el valle del Salado, a siete leguas de distancia de Cali, ciudad del valle del Cauca. Las flores de quereme son pequeñitas y coloradas, en forma de ramilletes: las hojas pequeñas y de verde muy subido. El olor es tan suave, tan poderoso y tan constante, que una ramita seca perfuma un baúl con ropa por todo el tiempo que esté en él. El nombre de quereme, es de etimología inaveriguable; su flor debiera ser, con preferencia al mirto y a la rosa, el emblema del amor caballeresco, fervoroso y constante.

(Candongas)

En la explicación de la palabra «rebozo», dejé escrita la de «candongas».

(Sitio)

Llaman «sitio» al pueblo más vecino, los campesinos de Antioquia y del Cauca. Lo llaman también enfáticamente el «pueblo», el «real», la «parroquia», etcétera, etc.

(Montera)

Las campesinas de Antioquia y de algunos pueblos del Cauca usaban monteras para todos los días de trabajo. La montera es un birrete de paño de varios colores que les quedaba muy bien a las muchachas bonitas. Esta moda que recordaba a las doncellas de la Biblia, va aboliéndose: dentro de poco (y tal vez a la fecha ya están usándose) llevarán las campesinas «cachos» y redecillas con copete.

(Almud)

El almud (medida española) se divide en Antioquia en cuatro cuartillas y la cuartilla en cuatro puchas. De manera que la pucha es la diez y seis ava parte del almud.

FIN

INDICE

Páginas